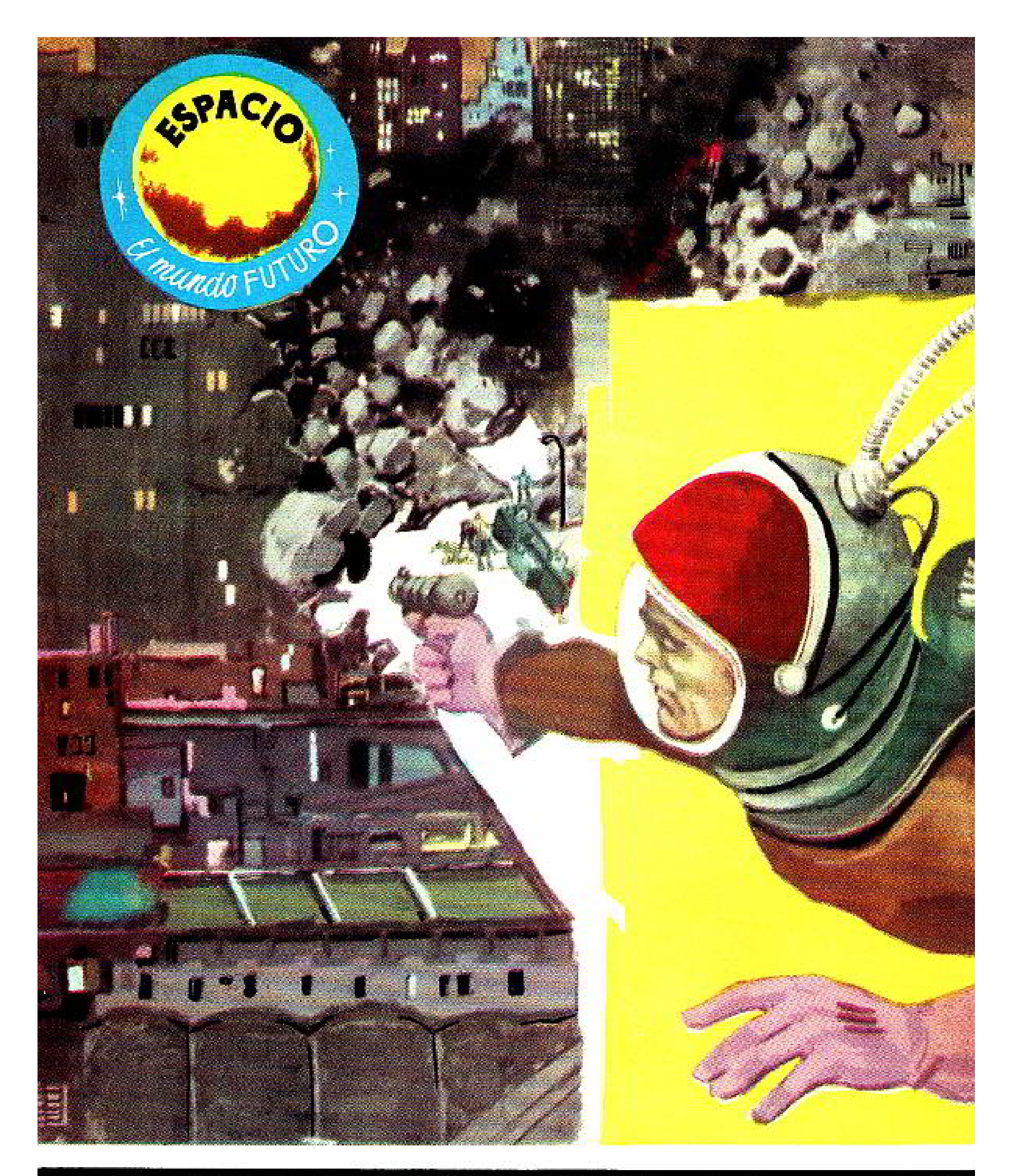


UNIVERSO EN PARÉNTESIS

LAW SPACE

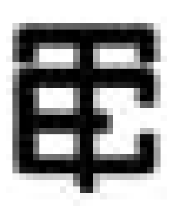
Karl Freideberg llegó a la parte alta de la escalerilla metálica, acercándose entonces al pequeño despacho, ante el que se hallaba el complejo cuadro de mandos y tras el que estaba sentado su ayudante, el joven Stephan Leemer. Una serie de luces multicolores se iban encendiendo y apagando en el cuadro que el muchacho tenía ante sí. Por lo demás, salvo aquellos guiños luminosos, el silencio era completo; tampoco había hecho el profesor mucho ruido al subir por la escalera, ya que llevaba altas y gruesas suelas de caucho. Antes de acercarse definitivamente a su ayudante, Karl permaneció unos instantes en el borde de la escalera, contemplando desde lejos el cuadro luminoso e intentando darse cuenta de la marcha del experimento.



Law Space

Universo en paréntesis

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 293



ePub r1.0

LDS 05.01.19

Título original: *Universo en paréntesis*
Law Space, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




UNIVERSO en
PARÉNTESIS

CAPÍTULO PRIMERO



rguido, a pesar de sus cincuenta y cinco años, el profesor salvó con paso ágil la distancia que le separaba de la plataforma, a la que subió por la estrecha y empinada escalera metálica que partía de la base de la amplia sala donde estaba la astronave. La nave espacial ocupaba todo un lado, emergiendo del edificio por un orificio de unos treinta metros de diámetro, que se abría, como un inmenso ventanal, hacia la negrura del cielo.

Karl Freideberg llegó a la parte alta de la escalerilla metálica, acercándose entonces al pequeño despacho, ante el que se hallaba el complejo cuadro de mandos y tras el que estaba sentado su ayudante, el joven Stephan Leemer. Una serie de luces multicolores se iban encendiendo y apagando en el cuadro que el muchacho tenía ante sí. Por lo demás, salvo aquellos guiños luminosos, el silencio era completo; tampoco había hecho el profesor mucho ruido al subir por la escalera, ya que llevaba altas y gruesas suelas

de caucho. Antes de acercarse definitivamente a su ayudante, Karl permaneció unos instantes en el borde de la escalera, contemplando desde lejos el cuadro luminoso e intentando darse cuenta de la marcha del experimento.

Cuando estuvo al lado de Stephan, sin que éste se hubiese percatado aún de su presencia, el profesor Freideberg rompió el silencio.

—¿Todo marcha bien? —inquirió.

Leemer se estremeció un poco al verse sorprendido de una manera tan brusca. Se había asustado relativamente, pero sonrió cuando volvió su rostro juvenil y franco hacia el profesor.

—Todo marcha a las mil maravillas, señor. Aunque creo que la experiencia se prolonga demasiado.

Una sonrisa de comprensión apareció en los delgados labios del profesor Freideberg.

Era un hombre alto, de anchos hombros, cuello sólido sobre el que se posaba una cabeza de tamaño más bien grande, como todos los rasgos de su rostro. Su frente era ancha y los ojos parecían hundidos en profundas cuencas. Tenía unas cejas espesas e hirsutas, de cabello blanquecino, único detalle de serenidad que aparecía en su cara. Los cabellos eran rubios, aunque con franjas oscuras a los lados. Algunos decían que el profesor se teñía el pelo, pero nadie había osado hasta entonces decirlo ante él.

—¿Por qué dice usted, Stephen, que la experiencia se prolonga demasiado? —inquirió a su vez, sin abandonar por eso la sonrisa que seguía ornando sus labios.

—Esa pobre gente lleva demasiado tiempo sometida a pruebas de una violencia extraordinaria, señor. Yo no he querido decirle nada hasta ahora, pero he creído siempre que deberíamos haberles dado un pequeño reposo. ¿No le parece?

—¡Bah! —exclamó el profesor, con un franco tono despectivo en la voz—. No podemos perder esta oportunidad, amigo mío. Los rusos deben estar preparando una expedición de este tipo desde hace mucho tiempo. Y puede estar usted completamente seguro de que ellos no tendrán tantos prejuicios como nosotros respecto a la medida de la resistencia de los hombres que piensan lanzar al espacio. Es una cuestión de prestigio, méteselo bien en la cabeza, Leemer. Si escapé de la zona oriental de Alemania, no fue para

perder el tiempo en los Estados Unidos. Deseo demostrar a mis nuevos amigos que soy capaz de preparar a una tripulación para un vuelo espacial prolongado. Porque ya sabe usted que nuestro deseo no es sólo lanzar a estos hombres hacia un planeta vecino a la tierra, sino lograr, si es posible, un viaje espacial completo por gran parte de nuestro sistema planetario.

El ayudante asintió con un gesto de cabeza.

—Todo eso es cierto, señor —repuso—, pero no deja de preocuparme el estado del sistema nervioso de esa pobre gente. Sobre todo, el de la doctora.

—Las mujeres, como se ha demostrado muchísimas veces, son tan resistentes o más aún que los hombres para esta clase de pruebas. Yo no he visto, después de ninguna de ellas, que la doctora Oswer mostrase el menor signo de desfallecimiento.

—Es verdad.

—No debe de preocuparse tanto, amigo mío. Ésta es la última prueba. Están siendo sometidos ahora a temperaturas variables, siempre por encima de los cuarenta grados centígrados. Es lo que nos faltaba hacer para tener la seguridad de que si se acercan a algún punto cercano al Sol, por ejemplo a Venus o a Mercurio, podrán resistir la elevación de temperatura sin que se produzca coagulación en las albúminas de la sangre. Les hemos proporcionado sustancias suficientes para detener esa aglutinación. Por lo tanto, parte de la prueba no depende solamente de ellos, sino de las sustancias que han ingerido antes de entrar en la cámara térmica.

También estaba seguro el ayudante de todo lo que el profesor le decía; pero, no obstante, seguía preocupado. Más que el profesor, él había estado en contacto con los miembros de la futura expedición. Conocía a todos y hasta les profesaba una sincera simpatía. Había conversado con todos ellos, de mil cosas distintas, y la intimidad que había conseguido de aquella manera le había llevado a sentir algo más que el resultado de la relación que con los astronautas tuvo desde el principio.

Por eso se preocupaba.

Les había visto adelgazar en pocas horas, cuando salieron de la cámara de deshidratación; aumentar de peso de una manera asombrosa después de permanecer ochenta y seis horas en una

cámara hidroscópica, donde se realizaban experiencias sobre la humedad de un ambiente probable, sobre todo en un planeta como Venus, cubierto siempre de nubes donde la saturación del vapor de agua en el aire debía de alcanzar un alto valor. Les había visto salir de la cámara donde se producían alucinaciones artificiales, con los ojos desorbitados, temblando de arriba abajo, todavía sacudidos por los estremecimientos de todo lo que había creído ver. Verdad era que habían resistido todas las pruebas y que parecían los más indicados para realizar la experiencia final; pero, a pesar de todo, Stephan Leemer no podía olvidar los sufrimientos que habían padecido aquellas criaturas y, en el fondo, experimentaba una humana compasión hacia ellos.

Mientras meditaba de aquella manera, sin dejar por eso de mirar hacia los controles que tenía ante él, el profesor leía las notas que había ido haciendo su ayudante, a medida que le llegaban las respuestas a los estímulos de cada uno de los astronautas que estaban encerrados en la cámara térmica. En realidad, aquella última experiencia había conjugado algunas pruebas, aunándolas de manera que diesen la impresión de que la ficticia nave del espacio atravesaría una zona de calor tórrido, con procesos normales en la gravitación y fuertes corrientes magnéticas que influirían directamente sobre el organismo de los astronautas.

Cada uno de los hombres encerrados en la cámara tenía el cuerpo cubierto de hilos, pegados a su piel por ventosas especiales, encerrando estas ventosas sensibles aparatos de recepción que iban recogiendo los datos orgánicos que interesaban al profesor Freideberg. Y las luces que se encendían y apagaban, de muchos colores, significaban los impulsos que iban llegando a la máquina reflectora y que, detenidamente estudiados después, procurarían al profesor un esquema completo de las reacciones de cada individuo ante los estímulos que la poderosa cámara térmica había ido produciendo.

Karl miró hacia el reloj cronómetro que había en la parte superior del cuadro de mando, comprobando que los astronautas llevaban ya siete horas en el interior de la cámara. Juzgó que era casi suficiente. Por eso, se decidió a esperar un cuarto de hora más, antes de dar la orden a Stephan Leemer para que detuviese la marcha de la cámara y pudieran así entrar, poco después, en busca

de los hombres que estaban sentados en sus sillones, atados a ellos con cinturones de seguridad, ya que se había producido, además de las pruebas de calor, otras de carácter gravitatorio y que ponían en peligro el equilibrio de los experimentados.

Karl Freideberg encendió un cigarrillo, sin dejar de mirar a la aguja que iba sumando los segundos y luego los minutos que transcurrían desde que había llegado allí. Esperó pacientemente unos instantes, y, haciendo luego un gesto, dijo al mismo tiempo:

—Pare la máquina, Stephan.

El ayudante extendió la mano derecha y tiró de una palanca negra que estaba debajo de los relojes que controlaban la presión y la temperatura en el interior de la cámara. Se oyó como un chasquido seco y brusco. Después, el rumor de los motores al frenar la marcha de la máquina fue lo único que llegó a los oídos de los dos hombres.

Un silencio absoluto siguió la maniobra de Stephan.

—Tendremos que esperar a que el interior se enfríe un poco —dijo luego el profesor.

Leemer volvió el rostro hacia él.

—¿Es que no podemos producir un enfriamiento desde aquí? —inquirió.

—Naturalmente que sí —repuso Karl—; pero no es conveniente. Después de haber soportado esas elevaciones bruscas de calor, los astronautas podrían sufrir procesos peligrosos si descendiésemos la cantidad de grados que aún reina en el interior de la cámara.

—Tiene usted razón.

Guardaron nuevamente silencio, esperando con paciencia que los minutos pasaran. Nunca le había parecido a Stephan que el tiempo fuera una cosa tan tremendamente prolongada. Finalmente, cuando vio que el profesor avanzaba hacia la puerta de la cámara, se levantó, empujó la silla en la que estaba sentado, y siguió a su jefe, que ya había llegado junto a la puerta blindada y estaba manejando los mecanismos de relojería que iban a abrirla automáticamente, al modo de la puerta de una caja de caudales.

Momentos más tarde, tras oírse un clic metálico, la puerta empezó a girar sobre sí misma, elevándose para dejar bajo ella la abertura, que fue agrandándose hasta adquirir el tamaño de una entrada amplia por la que podían pasar dos hombres a la vez. Una

oleada de calor sofocante llegó hasta los dos hombres, que pareció encender fuego en sus rostros. Aquello demostraba que la temperatura no había bajado todavía lo suficiente; pero la ventilación producida por la puerta abierta, con el consiguiente escape del calor, haría posible que la refrigeración total se produjese en pocos minutos más.

Stephan no esperó tanto.

Dio un paso hacia adelante, penetrando decididamente en el interior de la cámara.

Ésta estaba profusamente iluminada, aunque la tonalidad que dominaba dentro de ella era el verde; un verde claro, pálido, un color que parecía venir directamente de ultratumba.

Stephan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para acomodar su visión a aquella extraña y lúgubre tonalidad de luz. Avanzó, pues, unos pasos, hasta habituarse lo suficientemente para poder orientarse, y avanzó entonces con decisión hacia los sillones en los que los astronautas seguían fuertemente atados. Ninguno de ellos parecía dar señales de vida; pero Leemer había visto muchas veces la misma escena y ya empezaba, muy a pesar suyo, a acostumbrarse a tener que sacar a aquella gente de las cámaras de ensayo en total estado de inconsciencia.

Stephan Leemer era un muchacho fuerte, alto, sólido de arriba a abajo. Después de mirar atentamente los rostros de los hombres y el de la mujer, que tenían reclinadas las cabezas en los respaldos especiales de las cómodas sillas, construidas ex profeso para acostumbrarles a las idénticas que había en la astronave, comenzó a desatarles, uno a uno, deshebillando los anchos cinturones que parecían fajas alrededor de sus cuerpos. Empezó, naturalmente, por la doctora Oswer. A pesar de lo que el profesor le había dicho antes de que penetrase en la cámara, Stephan seguía plenamente convencido de que la mujer tenía debilidades más extremas que el hombre, sobre todo cuando se trataba de luchar contra condiciones climatológicas, de presión y de aceleración, como aquéllas a las que acababan de ser sometidos.

Notó con satisfacción que la curva atrevida del pecho de Marina Oswer se movía ahora con más soltura cuando le hubo quitado el cinturón, cosa que demostraba palpablemente que la respiración se hacía más uniforme. De igual manera, pudo comprobar que lo

mismo ocurría en los otros. También notó que la temperatura ambiente disminuía visiblemente y que era casi seguro que los astronautas se recuperarían por sí mismos, sin necesidad de que tuvieran que sacarlos de allí, uno a uno, como habían hecho en muchísimas ocasiones.

El ruido de los pasos del profesor, detrás de él, le hizo volverse a medias, mientras desataba al piloto Oscar Mac Lewen.

Sin decir nada, Karl Freideberg examinó, acercándose a ellos más que su ayudante, los rostros de los astronautas. Pareció satisfecho de su observación detallada, ya que una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

Pero siguió sin decir una sola palabra.

Luego tomó el pulso a cada uno de ellos, mientras Stephan le contemplaba en silencio. Lo que el joven esperaba se produjo momentos más tarde, ya que Oscar, el piloto, seguramente el hombre más fuerte de la expedición, abrió los ojos, frotándoselos enérgicamente después y desperezándose como si surgiera de un profundo sueño.

Luego miró a los dos hombres.

—¡Vaya ratito que nos ha hecho usted pasar, profesor! —exclamó Mac Lewen, con una simpática sonrisa en los labios.

Karl se acercó a él.

—No se preocupe usted más, señor Mac Lewen. Ésta ha sido nuestra última experimentación. Y por lo visto —agregó, haciendo un vago gesto hacia los compañeros del piloto—, todos han salido indemnes de esta fortísima prueba. Lo que quiere decir que la próxima vez será ya el vuelo de verdad.

Oscar Mac Lewen se había puesto en pie, haciendo marcar así su alta estatura. Antiguo universitario de las escuelas que habían surgido después de los primeros lanzamientos al espacio, fue jugador en el equipo estudiantil y era un atleta consumado. Además de poseer un control muscular completo, era dueño de su organismo e incluso de sus reflejos, que habían llegado a admirar al propio profesor Karl Freideberg.

Los otros se fueron recobrando poco a poco. El segundo en hacerlo, después del piloto, fue Edward Aldare, un joven simpático y de cabellos pajizos. Luego le tocó el turno a Jimmy, después a Charles y, por último, fue la doctora Marina Oswer la que se levantó

de su asiento, haciendo un verdadero esfuerzo por sonreír.

Stephan se acercó rápidamente a ella.

—¿Se encuentra usted bien, doctora? —inquirió.

—Perfectamente, amigo mío. Pero lo hemos pasado bastante mal; al menos, yo.

Intervino el profesor, que se había acercado también a ellos.

—De eso hablaremos después, en la sala de reuniones. Por el momento, lo mejor que pueden hacer es salir de aquí. A pesar de que la temperatura ha descendido bastante, el calor sigue siendo muy fuerte en la cámara. ¿Vamos?

Le siguieron, abandonando la cámara, que permaneció abierta. Pasando por delante del puesto de control donde había estado sentado Stephan Leemer, siguieron por el pasillo, junto a la escalerilla metálica, hasta desembocar en una amplia sala, con una enorme pantalla de proyección en el fondo y una serie de mapas celestes que ocupaban casi la totalidad de los altos y anchos muros. No había mesa central, sino una serie de mesas pequeñas, materialmente rodeadas de cómodos sillones. Sin decir nada, los astronautas se fueron dejando caer en ellos, respirando profundamente y encontrando sobremanera agradable el aire acondicionado y la temperatura verdaderamente ideal que había en aquella amplia habitación.

Entretanto, el profesor se había acercado a la única mesa de despacho que había, situada al fondo, descolgando el teléfono y dando unas órdenes precisas. Después, mientras encendía otro cigarrillo, llegó el camarero chino, empujando un carrito sobre el que se veía una serie de vasos grandes, llenos de leche fuertemente azucarada. La glucosa era lo mejor para recuperarse en aquellos momentos y la leche proporcionaría las vitaminas y las sustancias suficientes para que, por el momento, no decayesen aquellos organismos que habían sido sometidos a tan brutales pruebas.

En silencio, los astronautas bebieron el contenido de sus grandes vasos, dejándolos después sobre las mesillas que estaban al lado de los sillones que ocupaban. Cuando todos hubieron terminado, Karl hizo un gesto al oriental y éste retiró los vasos, desapareciendo tan silenciosamente como había llegado.

Acercándose entonces a los astronautas, el profesor rompió el silencio que se había hecho.

—Estoy francamente satisfecho de todos ustedes —empezó a decir—. No me equivoqué cuando les seleccioné entre todos los que se presentaron voluntarios para esta expedición espacial. Han sido tres meses de duras pruebas, tanto físicas como mentales. Pero lo que yo he deseado, y espero que este motivo me haga parecer menos brutal ante los ojos de ustedes, es que estuviesen perfectamente preparados para que el viaje les sea soportable y, sobre todo, para que regresen a la Tierra. Precipitar las cosas, enviarles antes de tener la completa seguridad de que estaban convenientemente preparados para ello, hubiera sido, si ustedes quieren, tan sólo un éxito propagandístico del momento, como suelen hacerlo nuestros contrincantes soviéticos. Pero nosotros, en el mundo occidental, sopesamos bien las cosas y miramos, por encima de todo, que la seguridad de las criaturas humanas que piloten la primera nave espacial que visite el sistema planetario esté plenamente garantizada. Esto ha sido lo que me ha movido, desde el principio, a mostrarme implacable, cruel, hasta maligno, si ustedes me lo permiten. Pero la responsabilidad que el Gobierno de los Estados Unidos ha hecho recaer sobre mis pobres espaldas era demasiado grande para que yo pudiese permitirme el lujo de acelerar unos preparativos que me condujesen a un éxito momentáneo, seguido de un fracaso rotundo.

Todos le escuchaban atentamente.

Verdad era que los sentimientos de aquellos hombres hacia el profesor no se resumían en conceptos agradables. Se había mostrado brutal, incisivo, intolerable la mayor parte de las veces. Y ellos habían guardado de él un recuerdo amargo, áspero, desagradable casi siempre. Ahora, mientras escuchaban las palabras de Karl, comprendían toda la verdad que aquéllas encerraban y estaban seguros no solamente de sí mismos, sino de haber alcanzado el grado de perfeccionamiento suficiente para poder enfrentarse con la grandiosa aventura que el destino les había preparado.

La doctora Oswer fue la que rompió el silencio que había seguido al pequeño discurso pronunciado por Karl Freideberg:

—Todos —dijo, con una voz cálida y agradable— le estamos profundamente agradecidos por lo que ha hecho por nosotros, profesor Freideberg. Pero estando segura que al decir esto me hago

eco de lo que piensan en este momento mis compañeros, no quiero ocultarle que hemos llegado a odiarle, a despreciarle como nunca nos había ocurrido antes con ninguna otra persona. Sólo ahora, cuando comprendemos que su posición era la lógica y que nosotros nos hemos dejado arrastrar por una serie de sentimientos que, no hay que olvidarlo, eran normales en criaturas como nosotros cuando se han visto tratadas de modo tan rudo, comprendemos perfectamente que tenía todo el derecho a hacer lo que ha hecho. Por eso —resumió—, creo que lo mejor es olvidar el pasado y pensar sólo en ese luminoso futuro que, gracias a usted, se presentará muy pronto ante nuestro equipo.

Sin poder evitarlo, Stephan Leemer se puso a aplaudir como un niño, encantado por las palabras que acababa de decir la doctora.

Todos le miraron y él se sonrojó; pero la sonrisa de los que le rodeaban le hizo comprender que no había ninguna malicia en aquellas miradas en las que no existió, ni por un momento, el menor deseo de burla o menosprecio.

—Yo también he tenido ganas de aplaudir —confesó, sonriente, el profesor—. Ha hablado usted muy bien, doctora Oswer. Y le agradezco profundamente sus palabras. Yo sabía que el rencor no podía quedar mucho tiempo anclado en el corazón de personas como ustedes. Todos estamos al mismo lado de la trinchera, como suele decirse. Todos nosotros estamos interesados en el proyecto del Gobierno de los Estados Unidos y deseamos ardientemente llevarlo a cabo. De veras qué se lo agradezco.

Intervino el piloto:

—¿Cree usted, profesor, que podremos iniciar pronto ese viaje? —inquirió.

Freideberg se volvió hacia el joven Mac Lewen.

—Desde luego, amigo mío. No voy a darles más que una semana de reposo. Es necesario, sobre todo después de las fuertes pruebas que han soportado. Entretanto, preparare los últimos detalles y, si la suerte nos acompaña, podremos lanzar la astronave dentro de siete días justamente. Todo estará preparado para cuando ustedes abandonen la residencia especial a la que voy a enviarles. Serán unas vacaciones encantadoras, en las que no permitiré, aunque vuelvan a odiarme, ningún exceso. Necesito que estén ustedes limpios, de cuerpo y de alma, para cuando suban al astrocohete.

Tiempo tendrán de preocuparse de pasar buenos y malos momentos durante el largo viaje que van a emprender. Pero ahora, no tengo más remedio que confinarlos en esa residencia y esperar a que se encuentren completamente dispuestos para dar el veloz salto.

El piloto volvió a asentir con la cabeza.

—No hemos hablado todavía de la ruta, profesor.

—Es cierto. Me ha hecho usted muchas veces esa pregunta y siempre la he dejado a un lado, evadiéndome, porque no podía contestarla. Pero ahora puedo hacerlo. El viaje que propongo que haga la astronave es un poco complejo a primera vista. Mi propósito es lanzarlo directamente sobre Marte, para que, después de una visita a este planeta, si se reúnen condiciones especiales en el cosmos, puedan ustedes, con el mínimo gasto de combustible, saltar a Venus y desde allí a Mercurio. No podemos, con los medios que poseemos actualmente, prolongar por más tiempo el viaje. Tiempo habrá, dentro de unos años, para lanzar nuevos equipos hacia lo que podríamos llamar la parte exterior de nuestro sistema, aunque muchos astrónomos incluyen en él a Marte. Pero este planeta es nuestro vecino y podremos considerarlo como una estación necesaria en la que debemos detenernos. Júpiter queda ya demasiado lejos para que podamos hacernos ilusiones, al menos por ahora, de llegar hasta allí y prolongar nuestro viaje hacia los grandes planetas exteriores.

Fue la doctora la que habló entonces:

—Creo entonces que las pruebas últimamente sufridas, si no me equivoco, estaban relacionadas con ese proyecto, sobre todo con la visita a Mercurio. ¿No es así, profesor?

—En efecto, doctora Oswer. A pesar de que el piloto automático de la astronave, conectado con un enorme sistema de seguridad completa para ustedes, funcionará perfectamente, la zona de Mercurio, cruzada por fuertes corrientes electromagnéticas, procedentes de las protuberancias solares, podría hacer desviar el camino de la nave, que en el espacio será tan sólo un átomo más, haciéndoles caer en la zona límite entre lo que se llama sol y sombra en Mercurio. Ya saben ustedes que las temperaturas tienen una terrible diferencia entre esos dos puntos, ya que Mercurio muestra siempre, como hace la Luna hacia nosotros, su misma cara al Sol. No pienso ni por un solo instante que la astronave caiga en la

zona soleada plenamente o en la zona fría, aunque sería muchísimo menos peligroso esto último. Pero, de todos modos, Mercurio va a ser la estación más peligrosa de este viaje. Ha sido por eso, exactamente como usted piensa, doctora Oswer, por lo que les he sometido a esta última prueba térmica y electromagnética, que ustedes han superado de una manera tan brillante. Están ahora en condiciones de resistir lo que pueda ocurrirles en Mercurio. Respecto a Marte y Venus, ya han sido sometidos a pruebas que equivalían, en cierto modo, a los ambientes y situaciones fisicoquímicas que encontrarán en esos mundos. El organismo humano es muy susceptible a ciertas causas y por eso he tenido sumo cuidado en ir estudiando sus reacciones individuales, dispuesto en todo momento a rechazar el candidato que fallase ante una de las pruebas. Por fortuna, nada de esto ha ocurrido.

—Eso quiere decir —intervino Charles Morris— que somos todos unos personajes de categoría y que podremos llevar a cabo cuantas empresas intentemos.

—Ahora, amigos míos —dijo de nuevo el profesor—, deben perdonarme, porque tengo que estudiar, en compañía de Stephan, los resultados que ha captado la máquina y el cerebro electrónico durante su estancia en la cámara térmica. Vayan preparándose para ese viaje que van a hacer a la residencia especial, donde pasarán, como antes he dicho, la semana que ha de transcurrir aún para que la astronave esté definitivamente preparada para el vuelo.

Estrechó la mano de los componentes de la expedición, abandonando después la sala, seguido por Stephan Leemer, que, al llegar a la puerta, se volvió para sonreír significativamente a la doctora Oswer.

Una vez en su despacho particular, al que Leemer llevó todas las notas que el cerebro electrónico había captado, el profesor Freideberg se puso a estudiarlas y sólo después, a altas horas de la madrugada, descolgó el teléfono rojo que le ponía en comunicación directa con Washington.

El hombre que descolgó el aparato le preguntó por la marcha de los acontecimientos. La respuesta del profesor Freideberg fue escueta:

—Todo está preparado, señor. Y espero que los hechos me den la razón. Buenas noches.

Colgó.

CAPÍTULO II



ero¿era posible que llevasen ya ciento ocho horas de viaje?

Apoyado en el respaldo de su cómodo sillón, y ante él el cuadro de mandos de la nave, Oscar Mac Lewen se preguntaba ansiosamente si aquello sería posible. Pero luego, lentamente, al ir recordando los detalles de la salida, los formidables efectos de la aceleración, los producidos más tarde por la falta de gravedad, hasta que el sistema centrogravitatorio de la nave se había puesto en marcha, los mareos de los astronautas, afortunadamente cortos, la pequeña crisis histérica que había sufrido la doctora Oswer, no tuvo más remedio que admitir que todo aquello no podía olvidarse y que, en efecto, llevaban ya varios días de viaje.

Además, como prueba evidente de que tal cosa era una realidad palpable, allí enfrente, al lado del visor de plástico que cubría la parte anterior de la cabina, se encontraba el planeta Marte, con sus dos Lunas girando a su alrededor, como una mancha blanca sobre la

negrura intensísima del cielo, donde las estrellas aparecían como agujeros luminosos.

¡Todo había sucedido tan aprisa! Aprisa en los últimos momentos, ya que la semana que habían pasado en la residencia elegida por el profesor había parecido a todos ellos como si cada segundo fuera un año, como si cada día fuera una eternidad.

Los acontecimientos se habían precipitado después a una velocidad vertiginosa. Preparativos preliminares, visitas a la astronave, familiarización ultrarrápida con todos sus aparatos y dispositivos, cargas atómicas en su sitio, revisión total de los sistemas eléctricos, de radar, de temperatura y aire acondicionado, de grado de humedad, de estabilización interna. Todo había sucedido, cosa tras cosa, durante un día sobrecargado. Y al llegar la noche, casi sin descanso, se había dado la orden de marcha, siendo conducidos los astronautas hasta el interior de la nave, estrechando luego la mano del profesor y de su ayudante, así como la de los miembros del Congreso de los Estados Unidos que habían llegado para despedirlos, en nombre del presidente.

Luego el rugido de los gases que salían por la tobera, el brusco tirón hacia arriba de la nave, propulsada por una fuerza superior a siete millones de caballos; desgarre en el espacio, después de atravesar la atmósfera terrestre a una velocidad increíble, que hizo que las planchas externas de la nave se pusieran al rojo, haciéndoles recordar los malos momentos pasados en la cámara térmica. Después de aquella aceleración brutal, la falta de gravedad, los primeros momentos de aclimatación al nuevo sistema, hasta que Charles había puesto en marcha el mecanismo de autorregularización de la nave. Y, luego, el comienzo de aquel largo viaje, cubriendo millones de kilómetros, moviéndose por un espacio negro, viendo alejarse la Tierra, que se hacía cada vez más pequeña, hasta confundirse con las estrellas, pareciendo una de ellas, y después algo más insignificante.

Oscar hizo unos rápidos cálculos, ayudado por el cerebro electrónico que tenía al alcance de su mano, logrando así saber que sólo unas ocho o diez horas le separaban de Marte. El aterrizaje, de la misma manera que sería en Venus y en Mercurio, se efectuaría de un modo automático, no teniendo los hombres de la tripulación que intervenir para nada. La maravilla mecánica de la astronave se

debía también al genio inventor del profesor Freideberg, en el que ahora tenía el piloto puesta toda su confianza.

Habían quedado olvidados, como barridos de golpe, los recuerdos de aquellos largos meses de entrenamiento en la base espacial que estaba regida por Karl Freideberg. Ya nadie recordaba la presión de las cámaras espaciales, el calor de la térmica, las vacilaciones electromagnéticas que les habían hecho sentir cosas verdaderamente rarísimas. Todo aquello quedaba relegado al olvido y ahora no había ojos más que para el planeta que se veía frente a la astronave, el cual aumentaba de tamaño a una velocidad fantástica; aquello significaba que la primera parada de aquel maravilloso viaje iba a realizarse dentro de poco.

Abandonando su asiento, el piloto salió de la cabina, donde, en realidad, sólo desempeñaba un papel de control, y pasó a la sala donde estaban reunidos los demás. Allí se encontraban los tres hombres y la doctora Oswer que, en un rincón, sentada cómodamente en una butaca giratoria, leía un libro.

Oscar sonrió.

Parecía mentira que el profesor hubiera conseguido tanta tranquilidad para aquellos muchachos, incluso para sí mismo. Porque parecía estar en el cómodo camarote de un barco o en la cabina especial de un avión, esperando que de un momento a otro la azafata les dijese que se pusieran los cinturones, disponiéndose a aterrizar para tomar después cualquier medio de locomoción e internarse en una ciudad llena de luces y de gente.

La idea le hizo reír en voz alta y esto llamó la atención de los tres hombres, que estaban jugando una partida de cartas.

—¿De qué te ríes, Oscar? —inquirió Charles Morris.

—De vuestra tranquilidad.

Intervino Jimmy Herson.

—¿Crees verdaderamente que estamos tranquilos?

—No hay más que veros. Sentados ahí, como en vuestra propia casa, jugando a las cartas. Incluso la doctora parece que está leyendo algo, como si acabase de visitar a un enfermo y dudase en el diagnóstico.

Marina Oswer levantó la cabeza, mirando al piloto con una sonrisa en los labios.

Era una muchacha bonita, con un cuerpo magnífico y de alta

estatura. Tenía una cabellera de color ceniza, larga, que le caía sobre los hombros y que sólo sujetaba a veces, como ahora, con una cinta de color azul, ancha, que le daba un aspecto de divinidad azteca.

—No creo que te moleste mucho que estemos tranquilos, Oscar —dijo, sin dejar de sonreír—. Todo esto se lo debemos al profesor.

—En eso estaba yo pensando también —repuso el piloto—. Ha conseguido convertirnos en verdaderos hombres del espacio.

Edward Waldare, que todavía no había despegado los labios, se encogió de hombros al decir:

—Creo que estamos vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado.

Charles frunció el ceño y le miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que hemos pasado no significa nada al lado de lo que nos queda. ¿No estáis de acuerdo conmigo?

—Eso es cierto —repuso Charles Morris—, pero no creo que sea una buena manera de quitarnos los ánimos. Hemos vencido ya dificultades por las que otros astronautas no habían pasado hasta ahora, ya que los viajes espaciales se han reducido a dar algunas vueltas alrededor de la Tierra para volver de nuevo a ella. Nosotros hemos salido verdaderamente al espacio exterior, abandonando las cercanías de nuestro planeta y acercándonos a otro. Queramos o no, estamos realizando el primer viaje espacial. Por lo tanto, yo opino que sería mejor darnos ánimos entre nosotros, antes que quitárnoslos.

—Yo no he querido quitar el ánimo a nadie —repuso Edward, con un tono amargo en la voz—. Lo que quiero hacer es preveniros de un optimismo que, exagerado, llegaría a ser peligroso. Y restando un poco de mérito a lo que hemos hecho hasta ahora, no creo hacer nada malo.

—Waldare tiene razón —dijo Jimmy Herson—. No hay que ser excesivamente optimistas. Además, ya sabéis que antes de que saliésemos de la Tierra, el profesor nos confesó que los rusos habían lanzado su astronave.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió la doctora, que había dejado el libro abierto sobre sus rodillas.

—Sencillamente —repuso Jimmy—, que hay otros hombres que

están atravesando ahora mismo nuestras mismas dificultades. Es decir, las habrán pasado ya, puesto que nos llevan cierta ventaja. Por eso creo que Edward tiene toda la razón al prevenimos contra un optimismo exagerado. Debemos ser realistas, mirar las cosas cara a cara, sin hacernos muchas ilusiones, pero sin perder los ánimos.

Intervino el piloto:

—Bueno, bueno… —dijo, con tono conciliador—. Todos vosotros tenéis razón, amigos míos. La tiene Waldare al decir que nos esperan momentos mucho más difíciles que éstos; la tiene Charles al decir que podemos, en cierto modo, confiar en nosotros después de las pruebas que hemos superado. Pero la verdad —añadió, sonriendo— es que el único equivocado era yo al creer que estabais completamente tranquilos, y me he dado cuenta, apenas he roto la quietud en la que os encontrábais, que os pasa lo que a mí. Estamos nerviosos y esto es una cosa humana y normal que no debe alarmarnos. Por lo menos, ésa es mi opinión. ¿No piensa usted así, doctora?

—Exactamente igual, excelencia —repuso Marina, que había sonreído al ser tratada bruscamente de usted por Oscar.

Todos rieron.

Era precisamente lo que necesitaban en aquellos momentos: un motivo que les alejase de las preocupaciones que, a pesar de sus rostros impasibles, hervían en sus cerebros. Porque era imposible engañarse: después de haber pasado las pruebas a las que les sometió el profesor Freideberg y las que la primera fase del viaje les había proporcionado, sus espíritus estaban llenos de dudas ya que, como había dicho Edward Waldare, lo peor estaba por venir.

Comprendiendo que podía aprovechar la ocasión para desviar la conversación de los derroteros sombríos por los que había seguido hasta entonces, Oscar Mac Lewen se acercó aún más a la lectora.

—Me ha gustado mucho eso de excelencia —dijo sonriente—. Pero usted, que es la más entendida de todos nosotros, ilustre colega —seguía llamándola de usted y haciendo sonreír a los demás, pues éste era uno de los propósitos que perseguía—, podría decirme, si no le molesta, qué piensa usted de todas esas teorías que hemos leído sobre la posibilidad de que los mundos que rodean a la Tierra estén habitados. ¿De verdad que no le molesta contestar a esta sencilla pregunta, doctora Oswer?

Marina hizo una pequeña reverencia, burlona.

—No me molesta en absoluto, piloto. Y si lo que usted quiere insinuar es que existe la posibilidad de que encontremos seres vivos, racionales como nosotros, en los planetas que vamos a visitar, lamento muchísimo tener que decirle que parece completamente demostrado que la vida, en el sentido humano de esta palabra, no existe ni en Marte, ni en Venus, ni menos aún en Mercurio. Por lo tanto, usted, que ha pasado la vida leyendo novelas de anticipación científica o cuentos terrorísticos, tendrá que inventar otros tantos para que, al regresar a la Tierra, pueda alegrar esas largas noches de invierno, cuando la televisión no funciona, contando a sus hijos y después a sus nietos las mentiras que quiera sobre este viaje, preñado de dificultades, eso sí, pero sin el aliciente romántico que le hubiese gustado imprimir en él a cualquier aficionado a la literatura de anticipación científica.

—Habla usted como un libro abierto, lectora. Pero yo no soy un hombre tan instruido, y aunque he estado en una Universidad, allí no nos enseñaban más que historias de electrones que corrían de un lado para otro, neutrones que saltaban y otros tipejos de ese tamaño, donde no cabe la menor fantasía, ya que todos ellos se mueven dentro de reglas estrictamente matemáticas. Eso es lo que he estudiado toda mi vida, doctora: matemáticas, matemáticas y más matemáticas. No se ha equivocado usted al pensar que, de vez en cuando, se me ha ido la mano para coger uno de esos libros de los que usted habla con tanto desprecio. Pero la verdad es que a mí me encantaban. Y cuando pensaba que un día podía dirigir una nave del espacio, no iban mis ideas y mis ilusiones hacia el mecanismo maravilloso de la máquina, hacia aquello que me haría sentirme dueño del espacio, sino hacia el momento del aterrizaje en un planeta, en cualquiera de ellos, para encontrarme con seres alucinantes, con monstruos fantásticos, con criaturas de pesadilla como las que veía pintadas, en las cubiertas de aquellos libros.

—Ya debía haberme imaginado yo algo de esto —repuso Marina —. Desde que nos conocimos, amigo Oscar, he notado que estaba usted predispuesto a las cosas de la imaginación. No he tenido ocasión de repasar las fichas que el profesor Freideberg guarda de cada uno de nosotros; pero estoy segura de que cuando nos metió en aquella máquina donde se produjeron las alucinaciones, por

efectos electromagnéticos, usted debió batir el récord en lo que vio. Y me gustaría mucho que me lo contara.

Oscar había acercado una silla, sentándose al lado de la doctora, a la que miró fijamente, con una sonrisa burlona en los labios.

—Con muchísimo gusto, ilustre dama. Aunque no olvide que usted me lo ha pedido. Cuando entré en aquella diabólica máquina, vi muchas cosas raras, pero las deseché de un golpe, ya que tuve una aparición verdaderamente maravillosa. Escuche usted atentamente, doctora; Yo me deslizaba suavemente por una pendiente de color blanco. Al principio, puedo jurárselo, estaba completamente seguro de que mis pies se apoyaban sobre un suelo normal; pero poco después noté como si el suelo me rechazase lentamente, llegando a la conclusión de que no era yo quien movía mis piernas, sino que el suelo se desplazaba hacia arriba y hacia abajo, en un juego complejísimo, haciendo que avanzase muy a pesar mío. Al mismo tiempo, la pendiente sobre la que me deslizaba con tanta suavidad perdió consistencia. Quiero decir que ya no la vi tan tersa y unida como antes, sino que pareció fraccionarse, partiéndose en mil pedazos, que luego se convirtieron en una nebulosidad que me hizo el efecto de que estaba andando sobre un enorme montón de algodón en rama. Tampoco era realidad aquello.

—Muy interesante.

—Y no era verdad aquello. Porque pronto pude darme cuenta de que los pedazos en que se había partido el suelo se habían convertido, de repente, en una nebulosidad que había hecho que el suelo, de aspecto algodonoso, perdiera toda su real consistencia y se transformara en una especie de nube sobre la que yo seguía deslizándome, puesto que la pendiente no había desaparecido en absoluto. Fue en aquel momento cuando noté perfectamente la sensación de que había alguien a mi espalda.

La doctora, que seguía sonriendo, inquirió entonces:

—¿Quién era? —inquirió.

—Ahora verá. Yo estaba completamente seguro de que alguien se deslizaba tan suavemente como yo, detrás de mí. Pero, lo crea o no, no me atreví, al menos por el momento, a volverme. Y no era que sintiese miedo o temor o algo parecido. Estaba casi completamente seguro de la identidad de la persona que tenía a mi espalda. Pero la verdad es que, en aquella pesadilla, yo me daba

perfectamente cuenta de que esa persona sabía lo que yo había estado pensando de ella durante muchísimo tiempo. Y allí residía precisamente el motivo de que yo temiese volverme para mirarla.

—No le comprendo bien.

—En seguida lo entenderá, doctora. Yo me estaba devanando los sesos para negarme a mí mismo aquella realidad. Me decía que era completamente imposible, ya que ella no poseía la propiedad de leer el pensamiento. Pero todo lo que me rodeaba era tan extraño, tan fantasmagórico, tan irreal, que la idea de la lectura del pensamiento parecía encajar perfectamente en aquel ambiente completamente desorbitado y anormal. Me comprende usted, ¿verdad?

—Perfectamente. ¿Qué ocurrió luego?

—Que me cansé de aquella cobardía mía. Y me volví. La persona estaba casi tocándome la espalda y me miró, con los ojos muy abiertos, como si quisiera seguir leyendo mis pensamientos. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba completamente vestida de blanco.

—¿Era una mujer?

—Sí, era una mujer. Muy hermosa, con aquel vestido blanco que me extrañó. Porque tenía algo, en la parte del vientre, que era como una bolsa, como esa bolsa que llevan los marsupiales, los canguros, y donde se alojan sus pequeños. De veras que durante un momento me aterré pensando que aquella bolsa se abriera y asomasen la cabeza otros pequeños seres de apariencia semejante a la persona que yo tenía enfrente. Aquello me hubiera herido profundamente, porque yo sabía, no tenía más que mirarla, que ella estaba por completo segura de que yo me había enamorado de ella hacía muchísimo tiempo.

—¡Qué historia más divertida!

—No lo crea, doctora. Porque entonces pude darme cuenta, observando más detalladamente el vestido que la joven llevaba, de que se trataba de una simple bata de las que los doctores utilizan en sus clínicas, de la que usted lleva cuando practica. Y creo que se habrá dado usted cuenta ya de que la persona que estaba a mi espalda era usted, doctora Oswer.

La muchacha lanzó una carcajada, pero frunció el ceño en seguida.

—¡Todo eso que acaba usted de contarme es mentira, Oscar Mac Lewen! Es usted un hombre muy astuto y le advierto que hay bromas que, incluso aquí, en el espacio, no me gustan mucho.

Todos parecían divertidos.

—Me he limitado a contarle lo que experimenté en aquella terrible cámara.

—Pues sigo sin creerle.

Sin poder controlarse, Mac Lewen sonrió a su vez.

—Perdóname, Marina. Todo lo que te he contado es mentira, pero ¿verdad que es maravilloso?

Tuvo que separar la cabeza rapidísimamente para evitar que la bofetada que le era dirigida no hiciese más que rozarle ligeramente la oreja.

—¡Maldito embustero! —exclamó la muchacha, sin poder evitar la risa que le subía a los labios—. ¡Ya te daré yo a ti alucinaciones!

Oscar había conseguido lo que se proponía y podía leer en el rostro de sus compañeros la tranquilidad verdadera que su broma había llevado a ellos. Aprovechando la buena idea que había tenido, siguió conversando con la doctora y con los demás, animando así una conversación que cubrió mucho más tiempo del que él mismo había imaginado.

Cuando se levantó para volver a la cabina, comprobó que se habían acercado tremendamente al planeta y que los mecanismos de autocontrol habían entrado ya en acción para evitar que la fuerza de atracción de Marte lanzase a la astronave contra el duro suelo del planeta.

Volvió a la sala para comunicar a sus compañeros lo que acababa de ver, y todos ellos pasaron a la cabina, siguiendo desde allí las maniobras automáticas que estaba haciendo el astrocohete y, al mismo tiempo, contemplando el colosal tamaño que adquiría Marte, que no tardó mucho en ocupar todo el horizonte visible.

Ahora sí que ya podían disponerse a empezar su primera aventura en un planeta en el que era muy probable, si los rusos no habían tenido suerte, que todavía no hubiese puesto el pie ningún ser humano.

* * *

Antes de que el helicóptero que le llevaba a Washington terminara de posarse, blanda y dulcemente, sobre la pista que había en las cercanías de la Casa Blanca, el profesor Karl Freideberg estaba seguro de que la policía federal no había conseguido formar la barrera suficiente para impedir que los periodistas de todos los diarios y grandes revistas de los Estados Unidos le asaltasen.

Así ocurrió, en efecto.

Sonriente, el viejo profesor se dejó rodear por la masa moviente de los reporteros, que le arrastraron hacia la salita que había cerca de la pista y donde, casi en volandas, le llevaron hacia la pequeña estrada, en la que había un sillón, una mesa y una botella de refresco, que uno de ellos abrió, llenando el vaso y poniéndoselo casi por la fuerza en la mano.

—Tome esto, profesor —dijo con una sonrisa amistosa en los labios—. Le sentará bien y podrá así mojarse un poco los labios para prepararse antes de contestar a las preguntas que vamos a hacerle.

Freideberg hubiera deseado no mantener aquélla rueda de prensa; pero sabía que en un país como los Estados Unidos era algo completamente imposible y accedió, aunque de mala gana, bebiendo el vaso y encendiendo después un cigarrillo, mientras los reporteros se colocaban tras sus correspondientes pupitres y los fotógrafos y cameramans le asaeteaban con la explosión cegadora de sus *flashes*.

Las preguntas empezaron a llover en seguida.

—¿Cree usted que habrán llegado a Marte, profesor? —inquirió uno de los reporteros.

—Deben estar llegando en estos momentos.

—¿Podrán soportar las condiciones de aquel planeta?

—Lo supongo, ya que han sido preparados concienzudamente.

—¿A dónde irán luego?

—A Venus.

—¿Y después?

—A Mercurio.

—¿Lleva la nave suficiente combustible?

—Más que suficiente, ya que podría hacer ese viaje tres veces.

—¿Y qué nos dice usted de los rusos, profesor Freideberg?

—Su navío salió hace cuatro semanas. Ustedes pueden saber

tanto o más que yo, ya que conocen todo que la radio y la televisión ha dicho hasta el momento.

—Y si los rusos se encontrasen con los nuestros, ¿cree usted que se producirían dificultades?

—Prefiero no contestar a esa pregunta.

Hubo rumores y algunas risitas.

—¿Llevan nuestros astronautas armas en el astrocohete?

—En absoluto.

—¿Cómo se defenderían, en el caso de ser atacados?

—No espero que tengan necesidad de esas armas.

—Eso no contesta a nuestra pregunta. ¿Y si fueran atacados?

—Llevan procedimientos para defenderse de los animales o seres nocivos que puedan encontrar en los planetas que visiten. Es todo lo que puedo decir.

Todavía le preguntaron muchísimas cosas más, a las que el profesor contestó como pudo. Estaba francamente molesto por la actitud un poco hostil que los reporteros parecían tener hacia él. Pero consiguió salir airoso cuando consideró que le habían hecho suficientes preguntas; se levantó, saludando y, pidiendo perdón, abandonó después la estancia para, acompañado por el oficial de la policía federal, dirigirse directamente a la Casa Blanca.

Respiró satisfecho cuando penetró en el interior del edificio, siendo conducido después hacia el despacho donde, además del presidente de los Estados Unidos, se encontraban sus consejeros científicos, el secretario de Estado y el vicepresidente.

Todos ellos estrecharon cordialmente la mano al profesor Freideberg.

Fue el vicepresidente quien tomó la palabra.

—Estamos encantados de que haya venido aquí, profesor —dijo —. Ya sabemos lo que le ha ocurrido con los periodistas; era inevitable. Pero lo peor es que en el salón de al lado hay más de sesenta miembros de la Cámara del Congreso que desean hacerle preguntas quizá más impertinentes.

La mirada del profesor buscó la del presidente y éste bajó los ojos.

—¿Se ha hecho alguna declaración, señor presidente? —inquirió, sin pestañear.

El primer mandatario de los Estado Unidos levantó la cabeza,

sonriendo amistosamente.

—No, amigo mío. Lo que ocurre es que la propaganda soviética no deja de ridiculizarnos en todo lo que respecta a las cuestiones espaciales. El Congreso está en ascuas y me he visto obligado a invitar a gran parte de sus miembros para que hablasen personalmente con usted. Quieren estar seguros de que lo que ha hecho tiene un fundamento real.

Los labios del profesor Freideberg temblaron un poco.

—¿De verdad que no se ha hecho ninguna declaración especial? —volvió a preguntar.

—Ya le he dicho que no, amigo mío. Ellos están incluidos en la opinión general. Pero hay que darles algo para que mastiquen, algo para que calmen un poco su impaciencia. Ellos son, querámoslo o no, quienes dirigen el país. Y a ellos se le debe toda clase de explicaciones.

Karl asintió con la cabeza.

—Contestaré a todas las preguntas que me hagan, señor presidente. Procuraré salir tan airoso como en mi pelea con los reporteros. Pero sigo creyendo tener toda la razón y sólo espero que el tiempo lo demuestre.

El presidente hizo un gesto vago, mostrando un rostro cansado.

—¡Dios lo quiera!

Momentos después, el presidente era conducido hacia su despacho por el vicepresidente; entretanto, el profesor, acompañado por el secretario de Estado, pasaba al enorme salón, donde reinaba un bullicio extraordinario y donde se hizo el silencio en cuanto la alta figura del profesor Freideberg apareció en el umbral de la puerta.

Nunca se imaginó Karl que iba a pasar momentos tan amargos como aquéllos.

La reunión con los periodistas se había desarrollado en un ambiente agradable, comparado con el de aquélla. Pero no se encontraba ante muchachos llenos de vida y de entusiasmo, con ansias de recoger noticias para sus respectivos periódicos, sino ante hombres fríos, calculadores, cargados de responsabilidades; hombres que habían sido nombrados para representar a otros millones de hombres, de mujeres, de ciudadanos de aquel país que se llamaba los Estados Unidos.

Y ellos no tuvieron piedad en sus preguntas, exigiendo respuestas concretas, pidiendo seguridades que ningún hombre hubiera podido dar. Deseaban que las páginas negras que se habían escrito al comienzo de la era del espacio, cuando los Estados Unidos estaban en franca inferioridad, se borrasen definitivamente, ocupando su país el puesto que merecía. Estaban cargados de amargura, recordando las frases de chanza que los dirigentes soviéticos habían pronunciado cuando se hablaba de cohetes o de naves espaciales estadounidenses. Pedían realidades, situaciones concretas y claras, triunfos que no ofreciesen la menor duda.

Y Karl, sintiendo que un sudor frío empapaba su cuerpo, tuvo que ir contestando a cientos de preguntas, muchas veces repetidas, teniendo sumo cuidado en no equivocarse, ya que muchas de ellas contenían cepos y engaños en los que hubiera caído indefectiblemente, de no haber estado siempre con los cinco sentidos despiertos, viendo el lazo que le tendían en muchísimas ocasiones.

Finalmente, después de tres horas de agotador acoso, los miembros del Congreso de los Estados Unidos se acercaron para estrechar cordialmente la mano de Freideberg. Éste se sintió orgulloso y herido al mismo tiempo, sin poder controlar la emoción que experimentaba.

Y cuando levantó la mirada, fijándola en aquellos rostros nobles, en aquellos hombres sobre cuyas espaldas recaía una responsabilidad tremenda, se sintió miserable, digno de ser pisoteado y echado de allí a patadas. Porque él sólo sabía la verdad, la terrible verdad de aquella expedición, de aquellos hombres que atravesaban el espacio sideral en busca de una aventura que iba a ser, si Dios no lo remediaba, el fracaso más grande que hubieran sufrido los Estados Unidos ante los ojos expectantes del mundo.

Se sintió amargado, incluso durante la cena que el presidente le había ofrecido. Comió poco, ofreciendo el aspecto de un hombre cansado y ausente. Tenía los ojos semicerrados y su cerebro no dejaba de trabajar ni un solo instante, pensando en las posibilidades del viaje de los soviéticos, en las propias, y en otras cosas más que ni siquiera quería confesarse a sí mismo.

La idea del fracaso le hizo estremecerse.

Cuando cerca de medianoche, después de haberse despedido de

los personajes importantes que habían sido sus anfitriones, subió de nuevo al helicóptero para alejarse de allí y dirigirse hacia la oculta base donde su ayudante le esperaba, se sintió profundamente decepcionado, llegando, por primera vez en su vida, a dudar de algo en lo que jamás había vacilado en admitir siempre: su propio criterio.

América le había acogido con los brazos abiertos, dándole posibilidades de trabajos que nunca se hubiese atrevido a soñar. Y él, sólidamente aferrado a sus ideas sobre el espacio, había planteado una gran aventura que podía convertirse en el más espantoso de los fracasos, en el ridículo para el pueblo que le había recibido como a un hermano y que había confiado en él, poniendo en sus manos lo que en aquellos instantes significaba incluso más que su propia existencia: su posición ante el mundo.

CAPÍTULO III



a astronave había girado por dos veces consecutivas alrededor del planeta. Los mecanismos automáticos estaban tan maravillosamente ordenados, que el descenso se realizó normalmente sobre el helado y duro suelo de Marte.

Una intensa emoción reinaba entre los astronautas.

Sentado ante sus aparatos de control, Oscar esperó a que la astronave se hubiera inmovilizado por completo, antes de pulsar los botones que iban a poner en marcha lo que se denominaba «sondas exteriores». Se trataba de una serie de aparatos que captarían los datos externos de manera que pudiesen proporcionar a los miembros de la expedición un cuadro exacto de las condiciones del planeta, antes de que los astronautas saliesen fuera de su navío cósmico.

Las respuestas fueron llegando velozmente y Mac, ayudado por Edward Waldare, fue anotando los resultados de las tarjetas

perforadas que salían del cerebro electrónico, conociendo así todos los detalles necesarios para que la salida del astronavío se hiciese con completa seguridad.

Presión, temperatura, grado de humedad, gravitación local, calor, naturaleza de las bacterias que podía haber en el medio ambiente; todo aquello fue cuidadosamente anotado por Edward Waldare y, quince minutos más tarde, los miembros de la expedición poseían un cuadro completo de lo que iban a encontrar en el exterior, en lo que se refería a las condiciones fisicoquímicas del planeta.

—Son casi exactas a las que estudiamos en la Tierra —dijo Jimmy Herson.

—En efecto —repuso Edward—; la pobreza en oxígeno de la atmósfera marciana va a obligarnos a llevar las escafandras espaciales.

Intervino la doctora.

—Ya contábamos con eso. Lo importante es que estamos aquí. —Y volviéndose hacia el piloto, inquirió—: ¿No ha reflejado nada extraño el radar, Oscar?

Mac Lewen denegó con la cabeza.

—No, Marina —repuso—. No he dejado de observar la pantalla desde que aterrizamos.

—Lo mejor —intervino Jimmy Herson— es que salgamos cuanto antes. Lo que preguntas del radar, Marina, ¿se debía acaso al temor de que los rusos hubiesen llegado antes que nosotros?

—Sí. En realidad, si hubieran venido directamente aquí, haría tiempo que se habrían marchado, ya que su expedición salió de la Tierra mucho antes que la nuestra; pero, desconociendo su itinerario, podríamos habernos encontrado en Marte…

—… Cosa que no me hubiese agradado en absoluto —concluyó Charles Morris.

Edward Waldare frunció el ceño.

—Me gustaría saber por qué —dijo.

—Porque no puede uno fiarse de esa gente —replicó Charles con viveza—. Normalmente, debería ser motivo de alegría el que dos expediciones espaciales se encontrasen en medio de un viaje tan interesante como éste. Nos estrecharíamos la mano, beberíamos algo en honor de nuestros respectivos países, en fin, haríamos todo

eso que suele hacerse cuando se produce un encuentro de tipo semejante. Pero con ellos nunca se sabe lo que se puede esperar al encontrarlos. Igual pueden abrazarte que enviarte una lluvia de balas para ser los únicos triunfadores del espacio cósmico.

—Yo, francamente —opinó la doctora—, no creo que se comportasen de esa manera, Charles. Creo que exageras.

—Bueno —terció el piloto—; ¿no os parece que estamos perdiendo un tiempo precioso y que lo mejor sería salir de la nave?

Todos estuvieron de acuerdo, y momentos más tarde, después de revisar cuidadosamente los equipos que se habían puesto, abrían el «sas» y tendían la rampa, por la que descendieron, el piloto primero, poniendo el pie en el resquebrajado suelo del planeta.

Se hallaban en una especie de «circus» delimitado por ligeras elevaciones rocosas, de aristas agudas que se recortaban sobre un cielo bastante oscuro. Era difícil precisar en qué momento del día marciano habían llegado, aunque Jimmy Herson no tardó en calcularlo, puesto que el sol estaba en el cénit.

—Daos cuenta —dijo, utilizando la transmisión radial de que estaba dotado cada equipo— de la poca insolación que llega a Marte. ¡Y estamos en pleno mediodía!

—La temperatura es muy baja aquí —dijo Edward.

Anduvieron una media milla, acercándose a las paredes que delimitaban aquella especie de anfiteatro en el que se había posado la astronave.

—Me causa espanto todo esto —dijo, de repente, la doctora.

Mac Lewen, que iba a su lado, se volvió ligeramente hacia ella.

—¿Espanto? —inquirió—. No te comprendo, Marina.

—Me refiero a la soledad que reina aquí —siguió diciendo la muchacha—. ¿No os dais cuenta del abandono que parece reinar sobre Marte? Es como si estuviese dejado de la mano de Dios. Un mundo enorme, casi tan grande como el nuestro y… ¡qué diferencia! Hay veces que cuesta comprender la grandiosidad del Universo, sobre todo cuando se ven cosas como éstas.

—Estábamos casi seguros de no encontrar aquí más que soledad y piedras —dijo el piloto.

—Sí, pero de todos modos —replicó ella—, el ser humano no está preparado para tropezar y enfrentarse con esto. Por fortuna —agregó, con una luminosa sonrisa en los labios—, estamos nosotros

y podemos hablar, defendernos de este insoportable silencio, pensar incluso que podemos marcharnos en cuanto lo deseemos; pero ¿imagináis por un momento lo qué sería de una persona abandonada aquí?

—¡Se moriría en seguida! —exclamó Charles.

—No me refiero a lo que estás pensando, muchacho —dijo la doctora—. Incluso poseyendo todos los medios para sobrevivir: alimentos, fuente de calor, una astronave como la nuestra enteramente para él… pero sin poder ponerla en marcha. Aun concediéndote que tuviese garantizada la vida hasta su muerte natural, setenta u ochenta años… —torció el gesto—. ¡Se volvería loco!

—Eso le ocurriría en nuestro mundo, en una isla desierta.

—No es cierto. Mira a tu alrededor, Charles: fíjate en esta soledad, en este vacío, agudizado incluso por la falta de luz. No, no estoy de acuerdo. ¡Este planeta me da escalofríos!

Oscar sonrió.

—No te preocupes por nada, Marina —le dijo—. Daremos una vuelta, por ver si encontramos algo interesante, cosa de la que dudo. Y nos iremos luego. ¿Sigues filmando, Edward?

El interpelado, que manejaba una cámara de cine, se volvió.

—Sí, Oscar.

—De acuerdo. Nos llevaremos de aquí un poco de esa soledad que tanto miedo le da a nuestra doctora. Así, cuando regresemos, podremos enseñar las películas al profesor y demostrar al mundo que éste no es un planeta que pueda, en el futuro, ser destinado al turismo.

Rieron.

Habían llegado a la parte alta de una de las crestas rocosas. Volviéndose, Marina pudo ver la astronave en una panorámica verdaderamente impresionante.

La penosa impresión que todo aquello le causaba estaba reforzada ahora por una especie de rara intuición, que se materializó casi en su mente y que estuvo a punto de hacerle lanzar un grito: era algo extraño, verdaderamente absurdo si se pensaba en ello a la luz de la razón; pero, por mucho que hizo por evitarlo, no lo consiguió e, inconscientemente, acercóse, con disimulo, a la alta silueta de Mac Lewen, como si confiase en él mucho más que en el

resto de sus compañeros.

Apenas si se atrevía a mirar hacia las aristas rocosas que tenía delante.

Edward seguía filmando y los otros parecían completamente tranquilos. La muchacha estaba aún bajo la impresión indeterminada que le producía aquella especie de zozobra.

Pero no fue ella quien se percató del extraño fenómeno, sino Edward, que, con la mirada fija en lo que estaba captando con su cámara, lanzó una exclamación ahogada y retrocedió unos pasos al tiempo que señalaba un lugar situado ante él.

Los otros se reunieron inmediatamente con Waldare.

—¿Qué te pasa? —inquirió el piloto, de quien no se despegaba la doctora por nada del mundo.

—Mirad ahí —dijo Edward, señalando una de las altas aristas de roca—. Juraría que esa piedra está modificando su forma.

—¡Alucinaciones! —rió Charles.

Pero también él miró con atención el punto indicado por su compañero. Y tanto como los demás se dio cuenta, en seguida, de que Waldare no se había equivocado.

¡La arista rocosa estaba cambiando de forma!

Al principio era necesario fijarse mucho para darse cuenta de ello. Parecía como si un viento inexistente lamiese, corroyéndolos, los bordes de la roca. Pero pronto la mutación fue visible al hacerse muchísimo más rápida.

Los astronautas, en grupo, apenas si se atrevían a respirar. Con los ojos fijos en la mole, no se percataron de que otras, junto a ellas, estaban sufriendo la misma transformación.

Pero la que era objeto de su atención cambiaba, mucho más aprisa que las demás. Poco a poco fue adquiriendo una forma que resultó, al final, como la burda copia de una silueta humana: una especie de escultura primitiva, como la de ciertas tribus de raza negra, grotesca y elemental, pero sin que le faltase el menor detalle para comprender que se trataba de «algo» humano.

Retrocedieron.

Todos menos Edward, que seguía allí, intentando comprender lo que estaba pasando ante él.

La burda figura de aspecto humano se perfeccionaba ahora en sus detalles, haciéndose más «hombre». Así fueron apareciendo las

orejas, la nariz, la boca, los contornos de un rostro estólido, y las manos, cuyos dedos parecieron despegarse hasta gozar de individual movilidad.

Oscar se había dado cuenta de que todas las piedras que les rodeaban sufrían una modificación parecida a la que ya se erguía, como un ser humano, ante Waldare. Una sensación de peligro se apoderó de él.

—¡Atrás todos! —rugió—. ¡A la astronave!

Fue, sin embargo, el último del grupo que se decidió a retroceder francamente. Pasaron todos junto a él, excepto Edward, que seguía clavado en el suelo.

—¡Waldare! —gritó.

Pero el joven parecía no oírle.

Estaba allí, inmóvil ante la silueta de piedra que se animaba por momentos. De no haber visto la especie de peana pétrea que seguía sujetándola a la masa del planeta, se le hubiera tomado por un hombre de color extraño, pero que ya poseía todos los detalles de su anatomía normal.

Excepto los pies.

—¡Vamos, Edward! —repitió el piloto.

Y echó una medrosa mirada a su alrededor. Las piedras pequeñas habían comenzado a crecer de una manera desmesurada y ya tenían, en esbozo, cierta forma humana.

Se estremeció.

Permanecer allí sería una completa locura. Los otros —sólo tuvo que volverse para comprobarlo— estaban llegando ya a la astronave y penetrarían en ella rápidamente. Hasta era posible que la pusieran en marcha, alocados como estaban.

Lanzó una mirada postrera a su amigo.

—¡Esperad! —gritó, echando a correr tras los otros.

Se movió a una velocidad espantosa, llegando a la astronave justamente cuando Charles entraba en ella.

Subió por la rampa, cerrando al momento la puerta.

Los otros le miraron y él pudo leer en aquellos ojos el mismo pánico que estaba experimentando.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó la doctora, cuyo cuerpo temblaba de pies a cabeza.

Pero Mac Lewen había recobrado su sangre fría.

—Un momento —dijo—. Aquí, en la astronave, podemos considerarnos a salvo; pero no podemos dejar a Edward abandonado de esa manera.

—¿Y qué vamos a hacer? —inquirió Jimmy Herson, con un tono cargado de impertinencia—. No esperarás que salgamos de nuevo a ese horrible lugar, ¿verdad?

—Ya veremos lo que hacemos —se limitó a responder el piloto. Y alzando la voz, añadió—: Por el momento, nos quedaremos aquí. Y cuando veamos que Edward no corre ningún peligro, iremos por él.

—Irás —puntualizó Charles.

—Es igual…

Intervino la doctora:

—Yo te acompañaré, Oscar. Tienes razón. —Se volvió hacia los otros y, con un tono de reproche en la voz, dijo—: Si uno de vosotros se hubiese quedado allí, en el lugar de Edward, no pensaríais de esa manera; estoy segura.

Nadie dijo nada.

Dirigiéndose hacia la proa, siguiendo a Oscar, la muchacha penetró en la cabina de pilotaje, desde donde se podía ver la llanura circundada por las horribles piedras.

El piloto tomó unos poderosos gemelos y observó el lugar en el que Waldare se había quedado.

—¿Ves algo? —le preguntó Marina.

—Sí… ¡es horrible!

—¿Qué ocurre?

—¡Está hablando con esas piedras!

—Pero…

Tendió los gemelos a la muchacha.

—Mira tú misma —dijo.

Ella lo hizo y un temblor le sacudió el cuerpo.

Waldare estaba allí, rodeado ahora por las figuras de las piedras con aspecto humano. Y parecía que charlaba animadamente con ellas, moviendo los brazos como si los necesitase para hacerse entender mejor. También hacían gestos las piedras y el aspecto de aquella escena era verdaderamente escalofriante.

—¡Dios mío! —musitó, entre labios, la joven.

Y devolvió los gemelos a Oscar.

—Prefiero no seguir viendo ese horror —dijo, tras una pausa—. Creo que me volvería loca.

Mac Lewen se echó los prismáticos a la cara, observando lo que estaba haciendo su amigo. Continuaba charlando y la conversación parecía ser muy animada.

—Nadie había previsto nada de esto —dijo, sin dejar de mirar a través del aparato.

—¿Qué saben en la Tierra? —repuso ella—. Ahora sí que me doy cuenta de la pedantería de nuestros hombres de ciencia. ¡Pobrecillos! Afirman muy seriamente cosas que desconocen y que los demás admitimos porque no podemos comprobar su verisimilitud. ¿Qué dirán cuando les contemos lo que estamos viendo?

—Lo importante es que esas piedras vuelvan a ser lo que eran. Entonces iremos en busca de Edward. Él va a contarnos cosas verdaderamente fantásticas.

—Ha sido un valiente quedándose allí.

—No lo creas, Marina.

—¿Entonces?

—Ha debido ocurrirle algo distinto. Quizás una influencia magnética.

—¿Quieres decir que le han hipnotizado?

—Algo así. Él no contestó cuando le llamé, repetidas veces.

—¿Crees que le harán algo?

—¿Quién?

Ella se dio cuenta de que estaban hablando… ¡de piedras! Y había como una natural repugnancia a expresarse, aplicando un nombre cualquiera a aquellos raros engendros, que parecían, más que otra cosa, producto de la mente calenturienta de un demente.

—¿Qué sigue haciendo Edward? —se limitó a preguntar, satisfecha en parte por haber dado otro sesgo a la conversación.

—No lo veo muy bien. Ha oscurecido.

Y era cierto.

El breve e incierto día marciano estaba muriendo rápidamente. Acercándose a la superficie de plástico transparente que cubría por completo la cabina, la muchacha, pegando el rostro al plástico, observó que las sombras ganaban importancia y que la negrura iba adueñándose de todo.

—Tengo miedo —dijo a media voz.

Oscar había dejado caer los gemelos sobre su pecho y se volvió hacia la muchacha.

—Voy a encender los focos de la nave. Así, si tenemos que salir en busca de Edward, podremos verle con facilidad.

Se acercó a los interruptores, iluminando una amplia zona alrededor del astronavío.

Luego se acercó a la muchacha.

—¿Se ve algo? —inquirió.

—No. La luz de los reflectores no llega hasta el lugar donde está Edward. Pero… ¡mira!

Y señaló hacia la zona confusa de penumbra hasta donde llegaba la luz de los reflectores, luchando allí denodadamente contra las tinieblas que cubrían el resto. Él miró hacia el lugar que señalaba Marina y vio la silueta conocida de Waldare que penetraba decididamente en la zona iluminada.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó—. Edward regresa solo.

Salieron de la cabina, anunciando la buena nueva a los otros que, no obstante, fruncieron el ceño. Pero sin hacer caso de la sombría expresión que se pintaba en los rostros de sus compañeros, Oscar abrió el «sas», tendiendo la rampa hasta el suelo.

Waldare estaba ya cerca.

—¡Sube, Edward! —gritó, con alegría.

Los otros estaban junto a él, mirando hacia afuera. Sentía el contacto agradable de Marina que estaba a su lado.

—¡Sube, muchacho! —insistió—. Vamos a largarnos de aquí ahora mismo.

Pero Waldare se había detenido a una docena de yardas de la rampa. Sonreía y miró hacia el cuadrilátero iluminado de la portezuela.

—¡Venid, amigos! Nos están esperando…

Oscar frunció el ceño.

—¿Eh…? —inquirió.

—¡Venid! Nos están esperando. Podemos quedarnos aquí, junto a ellos… ¿Para qué volver a la Tierra?

—¿Te has vuelto loco? —inquirió Marina, sin poderse contener.

Y Oscar, con voz insistente:

—¡Sube de una vez, Edward! Nos vamos… —replicó.

—Ellos nos esperan. ¿Es que no os dais cuenta? ¡Son inmortales! Me lo han dicho. Viven como piedras, pero piensan como nosotros. Uno de ellos me ha confesado que tiene cien mil años. ¡Cien mil años! Si salimos de aquí, volveremos a ser los miserables mortales de siempre… ¡No, amigos míos! Una oportunidad como ésta no se presenta dos veces. ¡Bajad de la astronave y venid conmigo! Viviremos siempre.

Detrás de Oscar, Jimmy Herson se estremeció.

—¡Cierra la puerta, Mac Lewen! —rugió—. ¡Ese tipo ha perdido la razón!

—Espera un momento —gruñó el piloto. Y dirigiéndose a Waldare, gritó—: ¡Eh, Edward! ¡Déjate de idioteces y ven con nosotros! Tenemos que continuar el viaje…

Waldare lanzó una ruidosa carcajada.

—No os escaparéis —dijo—. Mis amigos os están rodeando y, queráis o no, os quedaréis aquí. ¡Seréis inmortales!

Oscar lanzó una rápida mirada a su alrededor.

Vio entonces las sombras que traspasaban en aquellos momentos la zona difusa donde terminaba la luz de los reflectores. Se dio cuenta, al igual que los otros, que Edward significaba un peligro mucho más grande que el que había imaginado en un principio.

—¡Atrás! —rugió—. ¡Cerremos el «sas»!

Pero Charles Morris se le había adelantado.

Sacando la pistola que cada uno de ellos llevaba, disparó, fríamente, sobre la visible silueta de Edward, que se recortaba crudamente en medio del chorro de luz de los reflectores.

—¡Toma! —rugió Morris—. Si eres inmortal, no te importará nada esto.

La explosión hizo sobresaltar a Oscar, que miró ansiosamente hacia el lugar donde se encontraba Waldare.

Y lo que vio le hizo estremecer.

Al recibir el proyectil que Charles había disparado, el cuerpo de Edward se fraccionó en pedazos, como si fuera de piedra, desmoronándose como un pedazo de roca blanda.

Pero lo más alucinante sucedió después.

Porque los pedazos en que se había dividido Waldare estaban animados de un movimiento continuo, saltando sobre el suelo donde habían caído. Y de ellos, de cada uno y de todos, al mismo

tiempo, brotaba una carcajada tremenda, que daba escalofríos.

Empujando a sus compañeros, Oscar consiguió, en pocos segundos, cerrar herméticamente el «sas», corriendo entonces, sin mirar a los otros, hacia la cabina.

Estaba seguro de que debía aprovechar aquel corto tiempo que el destino le brindaba para salir de allí, como una última y única oportunidad.

Oprimió salvajemente los botones de la puesta en marcha, esperando, anhelante, oír el rugido de los gases llameantes que saldrían de las toberas. Y cuando los oyó, cuando el aparato se enderezó, saliendo disparado, una sonrisa de triunfo se pintó en su rostro.

¡Había logrado escapar del peor de los infiernos que un hombre podía haber conocido jamás!

CAPÍTULO IV


red Miller salió del almacén colectivo, donde acababa de adquirir lo necesario para la comida de aquel día. Las calles de Moscú estaban cubiertas de nieve y pocos vehículos desfilaban por las avenidas y plazas de la ciudad.

Miller suspiró.

Llevaba dos meses en la capital de la URSS, tratando de informarse sobre el lanzamiento de la nave cósmica rusa que había salido, rumbo al espacio, para abordar a los más próximos planetas del sistema solar, llevando la bandera roja, con la hoz y el martillo, a otros mundos.

La misión que se le había encomendado en Washington tenía, según le comunicó su propio jefe, una importancia capital para el mundo occidental. Y todo dependía del resultado de aquella expedición.

Fred se preguntaba por qué.

Los americanos habían lanzado también su nave espacial, que

debía surcar en aquellos momentos el espacio, llevando la bandera estrellada a mundos lejanos; entonces, ¿por qué tanto interés por conocer el resultado de la experiencia soviética?

No lo comprendía.

«Cualquier dato —le había dicho su jefe, en uno de los más secretos despachos del Pentágono—, por pequeño que sea, puede tener una capital importancia para nosotros. Todo depende del resultado de lo que los rusos han intentado. No desprecie la más nimia noticia…».

Pero hasta el momento, todo parecía desarrollarse de una manera triunfante para los rusos.

Como de costumbre.

Las últimas noticias, publicadas a bombo y platillo por toda la prensa soviética, decían claramente que la cosmonave caminaba por el espacio, tranquilamente, hacia su primer objetivo, Mercurio, o al menos el lado sombrío de este planeta, ya que el otro hubiera sido letal para la vida de los cosmonautas rusos.

Por la prensa de Moscú, Miller se había enterado de que la nave americana había tomado el camino inverso, dirigiéndose hacia Marte, adonde debía llegar de un momento a otro.

«Si, por primera vez en la historia de la Astronáutica —pensaba Fred—, estamos a la misma altura que los rusos, ¿para qué preocuparnos? De verdad que no comprendo lo que pasa…».

Y no lo entendía.

De todos modos, fiel cumplidor de la misión que le habían encomendado y valiéndose de la documentación de diplomático que poseía, se movía cuanto podía, intentando, sobre todo, entrar en relación con los agentes rusos que, pagados por los americanos, eran los únicos que podrían llevarle noticias secretas sobre la marcha del cosmonavío soviético.

Con sus paquetes en la mano e incapaz de encontrar un solo taxi, después de la nevada copiosa que había caído sobre la ciudad, se decidió a marchar a pie a su hotel, al que llegó media hora más tarde, subiendo directamente a su habitación.

El ambiente, gracias a la calefacción, era agradable, y Miller se quitó el gabán de pieles y hasta la chaqueta, además del gorro siberiano que había comprado en cuanto llegó. Encendió después un cigarrillo, diciéndose que se había ganado un trago de wodka, cosa

que pidió por teléfono.

—¿Se puede? —inquirió una voz, desde el otro lado de la puerta de la habitación, momentos más tarde.

—¡Adelante!

El camarero no era el de siempre, pero a Miller todos le parecían iguales. Le hizo un gesto para que dejase la botella sobre la mesa.

El hombre había cerrado la puerta y obedeció la muda orden del huésped; luego, lentamente, se acercó a él.

—El espacio está abierto a todos —dijo, en voz baja.

Miller se volvió como si le hubiese picado una avispa.

«El espacio está abierto a todos».

¡Aquélla era la consigna, la fórmula usada por los agentes rusos que trabajaban para los Estados Unidos!

Miró atentamente al camarero.

Notó entonces el aire inteligente de aquel hombre, el brillo intenso de su mirada y la sonrisa que enarbolaba.

—¿Qué hay de nuevo? —inquirió.

El otro intensificó su sonrisa.

—Son mil dólares, «tovaricht» —dijo.

También sonrió Miller.

Estaba acostumbrado ya al «desinterés» de Los agentes eslavos. Sin decir una sola palabra más, sacó la cartera y de ella un buen fajo de billetes que contó bajo la ávida mirada del otro.

—Aquí están —dijo después, tendiendo el dinero al ruso, que lo guardó cuidadosamente. Luego inquirió—: ¿Qué noticias hay?

—Muy interesantes.

—¿Cuáles?

—Llevan once horas sin noticias de la cosmonave.

Los ojos de Fred brillaron con una luz intensa.

—¿Es cierto?

—Por completo. Todas las noticias que se han dado últimamente a la prensa son mentiras. Las comunicaciones con la cosmonave se han perdido.

—¿Por completo?

—Por completo.

Fred asintió.

—Muy interesante —dijo—, pero puede tratarse de algo momentáneo… ¿Cuándo seguiré teniendo noticias de ese asunto?

—En cuanto podamos.

—Gracias.

El tono del hombre cambió por completo.

—¿Quiere algo más el señor? —inquirió, tomando un aire puramente profesional.

—Nada, muchas gracias.

Una vez solo, Miller se sirvió un vaso de wodka, llenándolo hasta los bordes.

Reflexionaba.

Se estaba dando cuenta ahora de que su jefe había razonado lógicamente al sospechar que algo raro podía ocurrir.

Después de acabar con su vaso, se vistió de nuevo, abandonando el hotel para dirigirse a la Embajada, donde fue recibido por el embajador inmediatamente.

Le comunicó lo que sabía y aquella misma tarde salió un mensaje hacia Washington.

«Todo preparado para Exposición cultural —decía el mensaje—. Nuestro *stand* no está terminado aún: falta material. Esperamos instrucciones…».

Un hombre, en el Pentágono, sonrió al leer aquellas líneas.

Luego llamó, por línea secreta, al profesor Freideberg.

* * *

Marte quedaba atrás.

Pero también quedaban allí muchas cosas y Oscar, en la cabina, donde estaba la muchacha sentada a su lado, reflexionaba tristemente.

No había dicho nada a Charles ni tampoco se había hablado en absoluto sobre las consecuencias fatales del disparo de Morris.

Mejor era no remover aquello.

Desde la precipitada salida de Marte, había preferido encerrarse en la cabina, preparando los detalles de la navegación hacia Venus, su próxima fase en el viaje que tan trágicamente había comenzado.

—¿Crees que lo habrá logrado? —inquirió Marina, interrumpiendo el hilo de sus reflexiones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, a su vez.

—Estoy pensando en Edward…

—Lo supongo.

—Morris le destrozó con su disparo, pero los trozos de su cuerpo reían aún. ¿Qué quiere decir eso, Oscar?

—No lo sé.

—Waldare habló de eternidad. ¡Y él era de piedra cuando se acercó a la astronave!

—Es cierto.

—Sus pedazos reían, lo que significa que no había muerto.

—Es posible.

—¡Y él se quedará allí! ¿Es que no lo comprendes?

Una sonrisa triste asomó a los labios del joven.

—Nada podemos hacer por él, Marina —repuso, con un tono cálido en la voz—. Edward eligió por sí mismo un destino que creía el mejor. Y si Charles no le mató de aquel disparo, mejor que mejor.

—¡Dios mío! —suspiró ella—. ¡Convertido en piedra! ¡Es increíble!

—Cierto. Todavía me cuesta trabajo reconocer lo que vieron mis ojos. Y si no estuvieseis vosotros aquí, para atestiguar la verdad, creería haber soñado.

—¡Toda la vida en aquel lugar, Oscar! ¡Una eternidad entre aquellas piedras…!

—Eso no quiere decir nada.

—¿Eh?

—Compréndelo bien, pequeña. Nos acostumbramos a un tipo de vida, porque es lo único que conocemos. Pero ¿y si hubiésemos nacido pájaros… o peces?

—¿Olvidas la inteligencia y el raciocinio?

—No olvido nada, Marina. Pero si la vida de esas piedras es, como nos lo demostraron, inteligente, ¿crees de verdad que Edward ha salido perdiendo?

—¡No digas eso, te lo suplico!

—¿Por qué?

—Porque a pesar de que le haya sido ofrecida y concedida la eternidad, ¿qué clase de existencia le espera en Marte? ¡Dímelo, Oscar! Una vida de piedra, junto a seres complejos, completamente distintos a nosotros. No digo que la novedad no le haya llamado la atención; pero eso ocurrirá en un principio. Luego, la misma eternidad que ha logrado se convertirá en algo insoportable,

horrible… ¿Crees en el infierno, Oscar?

—Sí.

—Pues nada más sencillo de concebir después de lo que hemos visto. ¡Una eternidad convertido en un ser de piedra! Los siglos y los milenios que pasan ante uno, como ese río inacabable del que hablaba Demócrito. Una eternidad en la que uno se baña, sin participar en ella, en simple y desesperante contemplación… ¡Oh, no, Dios mío!

Estaba profundamente afectada y se estremeció ante la idea de aquel horror.

Mac Lewen sonrió.

—Es mejor olvidarlo, Marina. Nos torturaríamos inútilmente.

—Tienes razón. Es mejor olvidar…, ¡pero no creo que pueda conseguirlo!

—No estamos preparados aún para esta clase de viajes, pequeña. En realidad, la humanidad acaba de salir de su cascarón. Y los triunfos técnicos significan bien poca cosa si se piensa en el poco avance que la mente del hombre ha conseguido.

»Todavía están frescos, en la memoria de la humanidad, los viajes a los continentes desconocidos, llenos de imágenes falsas, de trasgos y brujas, de divinidades retorcidas y alucinantes. Todavía recuerda el hombre su asombro ante los animales de la selva, ante los restos de los colosos antediluvianos… ¡y ya se atreve a salir al espacio!

»Porque no es todo esta hermosa y precisa nave que nos lleva, Marina. Ella es capaz de cumplir el cometido que se le ha impuesto, pero no nosotros. También las carabelas de Colón eran naves formidables, pero su seguridad no fue capaz de quitar de la mente de aquellos hombres la falsa idea de un Océano Tenebroso que se acababa de repente, vertiéndose en unas horrendas cascadas que precipitarían las naves en el Averno…

»Durante todo el primer viaje, los hombres que acompañaban al Descubridor examinaron las aguas del proceloso mar que les rodeaba, preguntándose en qué espantoso momento iban a caer por aquel temido abismo marino…

»Peor nos ocurre a nosotros. Estamos a merced del desconocido, pero éste posee, en el cosmos, mayor fuerza que los monstruos soñados por nuestros antepasados. Son mundos distintos los que

estamos visitando y, por ende, dimensiones desconocidas que nos guardan más de una desagradable sorpresa.

Ella le miró, asustada.

—¿Por qué no regresamos a la Tierra, Oscar?

—Porque no es posible.

—¿Eh?

—Lo que oyes, Marina. Hay mucho empeño en esta misión nuestra. Y no somos, al fin y al cabo, más que los peones movidos por las manos del orgullo de nuestro país. Para los millones de americanos que siguen atentamente nuestro viaje, no somos, y ésta es una triste realidad, más que como los atletas de una Olimpíada que están corriendo un maratón definitivo. Todos los ojos están fijos en nosotros… y en el equipo adversario, Marina. Pero nadie, absolutamente nadie, piensa en nuestra angustia, en nuestro miedo, en los horribles lugares que hemos visitado… y en los que nos quedan por visitar.

—¡Pero no hay derecho!

El piloto sonrió.

—¡Linda palabra, amiga mía! ¡Derecho! Algo así como un sueño que se desvanece ante la realidad del deber. Porque eso ha sido siempre el derecho para el hombre: el breve intervalo entre dos deberes que se imponen.

Hubo una pausa; parecía como si la muchacha reflexionase profundamente sobre todo lo que él había dicho. Pero luego, alzando la mirada, inquirió:

—¿Y los demás, Oscar?

—¿Quiénes?

—Jimmy y Charles.

—¿Qué quieres decir?

—Son ellos los que no han dicho nada desde que salimos de Marte. ¿No crees que estarán confabulándose?

—No es posible, Marina. Si deseasen imponerse para hacer que volviese a la Tierra, perderían el tiempo. No estoy dispuesto a hacerlo y soy yo la única persona que puede entender el funcionamiento automático de la nave. Conviene a Herson y Morris que no me ocurra nada.

—Comprendo.

—Tenemos que empezar por tener confianza entre nosotros. No

podemos tener animosidad contra Morris por lo que hizo. Si reflexionas un poco, Marina, tendrás que convencerte de que obró justamente, puesto que Edward no era ya nuestro amigo y estaba influido por los extraños seres de piedra, junto a los que deseaba llevarnos.

—Es verdad.

—Por eso quiero hablar francamente con Jimmy y Charles. Pondré las cartas sobre la mesa y ya verás cómo todo se arregla. ¿Vienes conmigo a hablar con ellos?

—¡Naturalmente que sí!

* * *

Venus…

Todos juntos, en la amplia cabina, aclaradas ya las diferencias que momentáneamente habían empañado un tanto la amistad que les unía, los astronautas americanos observaban el planeta azulado, casi completamente rodeado por una extensa capa de nubes.

Oscar estaba preparando los mecanismos automáticos de aterrizaje y repasó los datos del radar, así como los que el cerebro electrónico le iba proporcionando.

Pero ninguno de los otros tres se preocupaba grandemente de lo que estaba haciendo su compañero. Sabían perfectamente que la nave era una verdadera maravilla, fruto de muchísimos trabajos, todos ellos perfectos, y que no fallaría jamás. Eran otras cosas las que hacían que sus entrecejos estuviesen fruncidos y que sus miradas tuviesen un franco tono apagado.

Finalmente, después de describir dos rápidos círculos alrededor de Venus, puestos ya en marcha los mecanismos de frenaje, la nave se inclinó penetrando francamente en la densa atmósfera del planeta.

A partir de aquel momento, la visibilidad fue completamente nula y tuvieron que confiar en el radar que iba guiándoles en aquel mundo nebuloso y suave a la vez, como si se hubieran metido en el interior de una madeja, o, mejor, en el capullo que cobijase a una gigantesca crisálida.

Esperaron.

Estaban tensos, rígidos, recordando aún con demasiada claridad

los últimos acontecimientos de Marte. Pero no despegaron los labios, fijas las miradas en la superficie transparente que cubría por completo la cabina.

Hasta que la visibilidad volvió a hacerse.

Primero se les ofreció la visión parcial de las últimas capas de nubes que se desgarraban rápidamente; después, de golpe, desaparecidos ya los últimos jirones vaporosos, la superficie del planeta apareció bruscamente ante los ojos de los terrícolas.

—¡Maravilloso! —exclamó la doctora.

Y lo era.

Porque parecía como si descendiesen sobre una región formada por mil lagos distintos, unidos muchos de ellos por medio de lenguas de agua, formando algo así como, un caprichoso collar de perlas azules que alguien hubiera dejado caer sobre el suelo, desgranándose sólo algunas.

La zona que rodeaba a los lagos estaba cubierta por una vegetación lujuriosa, cuyo verde parecía más intenso al reflejarse sobre la turgente superficie del agua.

—¿Adónde vamos a posarnos? —inquirió Charles.

—Sería difícil hacerlo en la tierra —repuso el piloto—. Aterrizaremos, si es que esos lagos tienen profundidad suficiente para que la astronave no encalle.

Y echando mano a la sonda eléctrica, lanzó un tren de ondas hacia uno de los lagos, el que le había parecido más grande.

La respuesta no tardó en llegar.

—Perfecto —dijo Mac Lewen, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué profundidad tiene ése? —inquirió Jimmy.

—Trescientos pies.

—¡Ya es bastante!

—Más que suficiente —resumió el piloto—. Voy a disponerlo todo. Nos quedaremos junto a aquel bosque. Veo un poco de playa, lo que puede sernos de alguna utilidad.

No volvieron a hacer comentario alguno mientras el poderoso aparato descendía, en un planeo tan suave como emocionante, hacia el punto en el que iba a posarse.

Momentos más tarde, sentados en sus sillones y con los cinturones de seguridad puestos, pudieron tener la visión rapidísima del agua que se acercaba a ellos; un estremecimiento del

astrocohete y después el suave balanceo que se había producido en el choque.

Deshebillándose los cinturones, se pusieron en pie, acercándose a la pared de plástico para contemplar lo que les rodeaba. Ninguno de ellos hubiese encontrado palabras bastantes para describir lo que estaban viendo.

Los árboles eran muchísimo más altos de lo que habían imaginado; parecían, al primer golpe de vista, pinos o abetos, debido quizá al color de sus apretadas hojas. Pero muy pronto se dieron cuenta de su error, al comprobar que las hojas eran como rollos de verdes pergaminos que alguien hubiese caprichosamente colgado de las gruesas ramas.

El suelo estaba cubierto por una capa de césped muy fino, rizado también, dando la impresión de que una brisa impalpable le hacía girar interminablemente.

Charles sonrió.

—¡Qué bonito es! Aquí sí que daría gusto pasar unas vacaciones.

—Espera que comprobemos el estado de su atmósfera, amigo —repuso el piloto.

Pero poco después, cuando recibió las respuestas de las «sondas», también sonrió él.

—¡Magnífico! —anunció—. Podemos salir sin escafandras.

—¿Es posible? —inquirió la doctora, que estaba tan encantada como sus compañeros.

—Es cierto. ¡Y vamos a hacerlo ahora mismo!

—Un momento —intervino Oscar.

Se volvieron todos hacia él.

—¿Qué hay? —inquirió Jimmy.

—Que no debemos olvidar una cosa —dijo el piloto—. Hemos de estar juntos y cuando se dé la orden de volver a la astronave, nadie, pase lo que pase, desobedecerá. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Salieron.

La rampa tendida sobre el césped parecía atraerles en aquella visita al planeta vespertino.

Descendieron, e incluso Oscar, que era el más precavido de todos, se sintió ganar por una especie de euforia que se apoderó de él, al igual que de los otros miembros de la expedición.

Un extraño aroma, muy agradable, brotaba de las enroscadas hojas de aquellos curiosos árboles. El olor era penetrante, pero no se dejaba sentir en demasía, causando, por el contrario, una sensación de bienestar que se instaló definitivamente en el corazón de los astronautas.

Tan contentos se sentían que, después de corretear un poco de un lado para otro, se sentaron sobre la hierba, en corro, riendo como chiquillos y hablando de cosas intrascendentes.

Mac Lewen estaba como ellos.

No obstante, su sexto sentido le estaba previniendo de algo; pero se trataba de una intuición lejana, borrosa, difuminada, como una imagen deformada por la distancia.

—Estoy seguro —dijo Charles— de que cuando enviemos fotos de todo esto a las Agencias de Viajes de la Tierra, habrá colas para pasar unas vacaciones en este sitio.

—Desde luego —corroboró Marina—. ¡Y yo seré uno de los primeros en llegar! ¿Os imagináis una casita aquí, donde estamos ahora, al lado del lago? —Se estiró, lánguidamente, entornando los ojos—. ¡Menuda vida, amigos! Acostarse tarde y levantarse tarde, yendo al agua, nadando un rato antes de la hora del almuerzo. Luego tenderse aquí, sobre la hierba, con un buen libro entre las manos. ¿Puede pedirse más?

—Sí —replicó vivamente Morris—. Me parece muy bien tu idea; pero yo necesitaría una chica: una chica estupenda a mi lado.

—¡Gracioso! —exclamó la doctora—. ¿Crees acaso que yo había pensado un solo instante en quedarme aquí… sola?

Todos rieron.

El ambiente no podía ser más agradable y la compañía más amable. Hasta les parecía imposible que hubiesen sido capaces de enfadarse días antes.

—Tendremos que tomar algunas películas —dijo Jimmy, descolgando la cámara que llevaba—. ¿No os parece?

—¡Sí, sí! —palmoteó Marina—. Pero empieza por nosotros, aquí, en grupo… ¡Venga, date prisa!

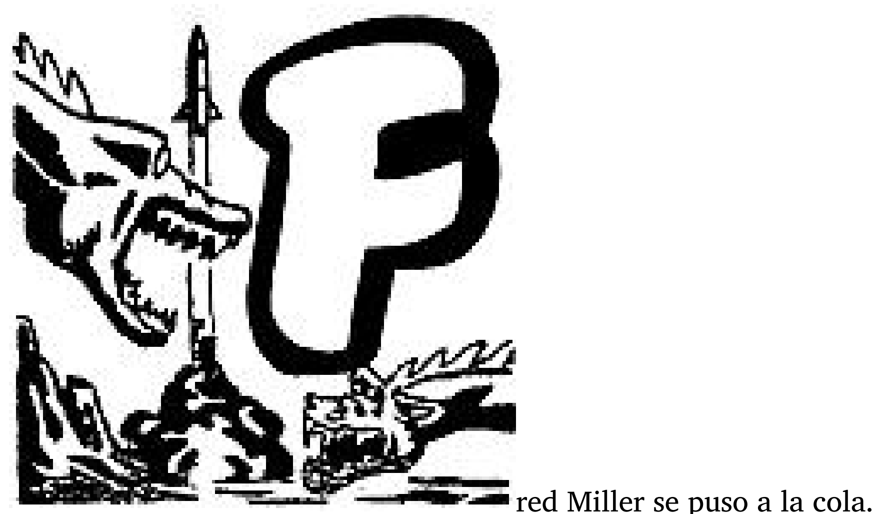
El otro obedeció, alejándose un poco para enfocar a los tres amigos.

—¡Sonreíd un poco! —exclamó.

Fue entonces cuando, estremeciéndose, Oscar experimentó la

clara sensación de que estaban siendo observados.

CAPÍTULO V


red Miller se puso a la cola.

La Plaza Roja ofrecía su habitual aspecto, cubierta enteramente de nieve, como la complicada filigrana del Kremlim al fondo y el mausoleo de Lenin en el centro. Había gentes de todas las nacionalidades soviéticas: rusos blancos, usbegos de ojos achinados, tártaros, gente de Siberia, chinos y europeos centrales.

Era un espectáculo que Fred había visto centenares de veces y que no le llamaba en absoluto la atención. De no haber recibido aquella llamada telefónica, diciendo que fuese al mausoleo, no se le hubiese ocurrido perder el tiempo en algo que no le causaba impresión alguna.

Le tocó su turno y penetró en el recinto, que olía a húmedo, detrás de una familia de ucranianos ataviados, a pesar del frío reinante, con su vistoso y multicolor traje nacional.

El grupo se dirigió hacia el templete donde estaban los restos mortales de Vladimir Ilich Llianov, Lenin. Se acercaban

respetuosamente y Fred les imitó con un gesto de fastidio.

Fue entonces cuando un cosaco de cuerpo enorme se adelantó un poco, poniéndose a su lado, y se inclinó como si desease contemplar desde más cerca el rostro pálido, aunque maquillado, del jefe del comunismo internacional.

—El espacio está abierto a todos… —dijo, en ruso.

Miller no se movió, pero un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Dirigió una rápida mirada alrededor suyo, pero no vio nada sospechoso.

—¿Qué hay? —inquirió, igualmente en voz baja.

—Siguen sin noticias.

—¡Ah!

—Hay algunos que creen que el cosmonavío está irremisiblemente perdido.

—Comprendido. ¿Ninguna otra señal recibida?

—Ninguna.

Fred esbozó una sonrisa de comprensión. Faltaba la pregunta más importante.

—¿Cuánto? —inquirió.

—Mil dólares, como de costumbre, camarada.

Fred metió la mano en el bolsillo de su abrigo de pieles. Llevaba el dinero preparado y no tuvo más que hacer un pequeño movimiento para ponerlo en la mano que el otro había colocado a su lado.

El cosaco se alejó.

En aquel momento, el cicerone elevó la voz:

—Podemos visitar ahora —dijo— la tumba del camarada Stalin y la de Nikita Kruschev, su sucesor y campeón del último impulso soviético en las postrimerías del siglo XX. Hoy, en 2015, el auge de la patria del socialismo…

Conformista, Fred siguió a la familia ucraniana.

* * *

La sensación de peligro penetró en Oscar como hubiese entrado un cuchillo en su espalda; fue, por lo tanto, algo doloroso, incisivo, helado… como un escalofrío antes del estallido de la fiebre.

Se volvió.

Mirando a su alrededor no vio absolutamente nada. Los otros seguían hablando, bromeando, felices del apacible y bucólico ambiente que les rodeaba; pero la premonición estaba en la mente de Mac Lewen, anclada con una incontenible fuerza.

Quiso prevenir a sus amigos, pero era demasiado tarde.

Una especie de cortejo espantoso apareció de repente, viniendo de la parte del bosque que estaba a la orilla, cortando así el paso a los astronautas hacia la nave. Todos ellos se dieron cuenta de la presencia del extraño y alucinante cortejo y se quedaron mudos. Morris, que era el que hablaba en aquellos momentos, se quedó con la palabra en la boca, mirando estúpidamente hacia su derecha.

Cinco hombres, altos, extraordinariamente delgados, aparecieron, llevando a cuestas a otros tantos niños. Cuando se acercaron, los astronautas pudieron ver que tres de los «niños» llevaban una cuerda que se ataba a otros tantos hombres, tan delgados como los que montaban y que iban en reata, como las bestias.

Observando mejor, Oscar se percató del aire estúpido de las «monturas», contrastada por la expresión picara y satisfecha de los «niños»; en realidad, los «infantes» sólo tenían el tamaño de éstos, ya que sus rostros mostraban claramente una edad superior a la que sus dimensiones hubiera podido hacer pensar.

«Pequeños viejos» —se dijo Mac Lewen.

Pero fue más tarde cuando, al acercarse el cortejo, pudo Oscar darse cuenta de que, a pesar del aspecto parcialmente humano de las criaturas diminutas que montaban a los otros, sus labios estaban extraordinariamente alargados, en una especie de trompa semejante a la de ciertos animales que el piloto había visto en los Museos de Historia Natural de la Tierra.

Al igual que sus compañeros, Oscar había llevado su mano a la culata de su pistola, que llevaba prendida del cinto. Sin embargo, el aspecto de aquellos seres, tanto el de las «monturas» como el de los «jinetes», no parecía belicoso.

Se detuvieron junto a los humanos, observándolos con atención. Naturalmente, los únicos que miraron a los hombres fueron los «niños», ya que sus «monturas» tenían las cabezas agachadas y contemplaban el suelo cubierto de hierba, ausentes por completo a cuanto les rodeaba.

Uno de los «niños» descendió velozmente de su «montura», saltando con agilidad increíble al suelo. Luego se acercó a Oscar, cuyos dedos apretaron con fuerza la culata de su arma, pero sin sacarla aún de la funda.

Ningún sonido salió de la alargada trompa de aquella deforme criatura; no obstante, Oscar oyó, en su mente, la pregunta que el otro le formulaba, sirviéndose de la telepatía.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—De la Tierra.

—¿Dónde está eso?

—Es otro planeta, lejos de aquí. No podéis verlo por las nubes que cubren siempre el vuestro.

—Tenéis la forma de «asurs».

—¿«Asurs»? —inquirió Oscar, siempre mentalmente, acostumbrándose en seguida a aquella extraña forma de comunicación.

El «niño» señaló el ser del que acababa de descender.

—Es un «asur» —explicó.

Mac Lewen miró a la «montura», dándose cuenta de que, en efecto, aquella criatura tenía mucha más apariencia humana que el jinete. Fijándose mejor en el «niño», se percató entonces de que si bien sus manos eran parecidas a las de los seres humanos, aunque más largas y afiladas, sus pies estaban formados por unos huesos largos, unidos entre sí por medio de una membrana interdigital.

Como las ranas.

La respuesta a lo que se estaba preguntando llegó clara y determinante cuando otro de los «niños» saltó de su montura, lanzándose al agua y nadando a una velocidad prodigiosa. Los otros tres le siguieron y todos avanzaron rápidamente hacia la astronave, que debía llamarles poderosamente la atención.

Jimmy Harson se alarmó.

—¿No van a entrar en la nave? —inquirió, mirando a Oscar.

El piloto sonrió.

—No te preocupes —repuso—. Cerré la puerta al salir.

—Bueno.

El «niño» intervino:

—No debes hablar de esa manera —dijo—. No lo entiendo. Hacéis ruido al comunicaros entre vosotros: como los «asurs».

A Oscar empezaba a molestarle aquella comparación.

—No somos «asurs» —repuso—. Además, ¿qué son esos «asurs» para vosotros?

—Nos servimos de ellos para andar sobre el suelo del planeta, cuando abandonamos el agua. Además, son «comida».

—¿Eh?

Seguro de que el humano no podía entenderle, el «niño» se acercó a su montura, tirando de la brida y acercándola al lugar en el que el astronauta se encontraba.

Oscar se había puesto en pie.

La extraña criatura le mostró entonces la nuca del «asur». Y al acercarse a aquel ser, Mac Lewen se estremeció de pies a cabeza.

—¡Horrible! —No pudo por menos de exclamar.

Sus amigos, movidos por la curiosidad, se habían acercado también. Y Marina retrocedió, vivamente asustada.

—¡Dios santo! —dijo.

El «asur» tenía un profundo agujero en la nuca, del que rezumaba un líquido rosado que no podía ser más que sangre y suero. Oscar, con un escalofrío, comprendió en seguida que el «niño» introducía su trompa por aquel orificio, devorando viva a su montura que, así, pasaba a ser el huésped de un parasitismo espantoso.

—¡Lo devora vivo! —exclamó Jimmy, que se había dado cuenta de la realidad de los hechos.

El piloto asintió con la cabeza.

—No se por qué tus amigos se asustan tanto —dijo, mentalmente, el pequeño monstruo—. ¿Qué sería de nosotros si no fuese por los «asurs»?

—¿Ha sido siempre así? —se atrevió a preguntar Oscar.

—No lo recuerdo —repuso la minúscula criatura.

—¿Y qué hacéis cuando mueren? Porque deben acabar muriendo…

—Buscamos otros. Ahora —y señaló a los de la reata— llevamos dos de recambio. Pero sabemos dónde andan por manadas, en cuevas.

Contemplando mejor al «asur», Oscar se percató de su gran semejanza con un hombre primitivo. Los cuadros que había visto de los habitantes del paleolítico representaban de aquella guisa a los

primeros pobladores de la Tierra.

Se estremeció.

¿Qué hubiese ocurrido con la humanidad de haber encontrado en el planeta seres tan malignos y criminales como las minúsculas criaturas que devoraban vivos a los hombres que les servían al mismo tiempo de monturas?

—Parecéis «asurs» —insistió el pequeño.

El piloto no pudo más.

Antes de que la minúscula criatura pudiera percatarse de lo que ocurría, había sacado la pistola y disparado, a quemarropa, sobre el «niño» que, con la cabeza destrozada, cayó al suelo, quedando inmóvil.

—¿Qué has hecho? —inquirió Charles, acercándose a Mac Lewen.

—¡Matarlo! ¿Es que no tienes ojos?

—Pero… ¿por qué?

—Porque estaba comparándonos demasiado con esos pobres desgraciados; tanto que temía que nos tomase por uno de ellos y que saltase a nuestro cuello para hacer lo que hacen con ellos…

Marina corrió hacia él.

—¡Vámonos de aquí, Oscar! ¡Vámonos ahora mismo!

—Sí, será lo mejor… ¡Vamos, muchachos!

Pero había hablado demasiado aprisa.

Charles, que estaba un poco más adelantado, justamente al otro lado del minúsculo cadáver del venusiano, lanzó una llamada de aviso.

—¡Cuidado! —exclamó.

Volviéndose rápidamente, Oscar se mordió los labios hasta hacerse sangre. Toda la superficie del lago, desde la orilla hasta donde había amerizado la astronave, estaba plenamente cubierta de minúsculos cuerpos de venusianos que hacían del líquido una masa rosada y movediza.

Era completamente imposible atravesar aquella masa.

Se dieron cuenta los astronautas de que la situación se hacía desesperada. El piloto, lleno de furia, se acercó a la orilla, disparando su pistola sobre los «niños», viendo que muchos de ellos se hundían, pero que otros surgían en su lugar, ocupando el sitio de los muertos, salpicando la superficie con la rojiza espuma de la

sangre de los que habían sido alcanzados por las balas.

También dispararon Charles y Jimmy, pero no consiguieron más de lo que había logrado su compañero.

Llevándose las manos a la cabeza, Marina preguntó, desesperada:

—¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos…?

No había otro camino para llegar a la astronave y los terrícolas lo sabían; ninguno de ellos se hubiese atrevido a acercarse a la orilla, donde se veían mover cientos de minúsculos brazos, asomando fuera del líquido las repugnantes trompas de los venusianos.

Retrocedieron un poco.

Las «monturas», los pacíficos seres humanos que la maldad de los «niños» había condenado al peor de los destinos, se habían replegado, asustados, un poco más allá de donde se encontraban los astronautas. Los disparos debieron conmoverlos y huyeron a un lugar que consideraban seguro.

Oscar hacía esfuerzos por encontrar una solución a aquella situación nada halagüeña.

—Tenemos que llegar a la astronave —dijo, añadiendo con fuerza en la voz—: sea como sea.

—Me gustaría saber cómo vas a arreglártelas —repuso Charles.

—¿No irás a echarme la culpa de lo que ha ocurrido? —inquirió el piloto.

—¡Claro que la tienes! —rugió el otro—. ¡Tú disparaste contra ese hombrecillo, que, después de todo, no te había molestado, haciendo que los demás montasen en cólera!

Mac Lewen hizo una mueca.

—¡No digas estupideces! —repuso—. ¿Es que no te has dado cuenta de que los propósitos de estos malditos venusianos eran, desde el principio, el de convertirnos en «asurs»?

—¿Qué quieres decir? —intervino Jimmy.

—¡No puede estar más claro! —replicó Oscar—. Este granuja —y señaló el minúsculo cadáver que yacía a sus pies con la cabeza destrozada— no hacía más que compararnos con sus monturas humanas. Pero fijaos bien en ellas. ¿Es que estáis ciegos, por ventura? ¡Mirad esos esqueletos que apenas pueden tenerse en pie!

—¿Y qué nos cuentas con eso? —inquirió Charles, con un tono

áspero en la voz.

—¡Qué nosotros estamos más gordos, idiota! ¿Tendré que hacerte un dibujo para que me entiendas?

—¡Claro que te entiendo! Tú deseas ahora justificar lo que has hecho, cuando eres el único responsable de que los hombrecillos nos impidan llegar hasta la astronave. Hace mucho tiempo que te vengo observando, Mac Lewen.

—¿Y qué…?

—Que te creíste siempre, desde que salimos de la Tierra, que eras el jefe, cuando aquí no hay ningún jefe. ¿Y todo por qué? Porque sabes manejar los mecanismos automáticos de la nave. ¿Crees que nosotros no seríamos capaces de hacerlo? Hemos estudiado lo que tú y, además, por si no lo sabías, hay en la nave un libro con todos los detalles de cuanto se puede hacer con el servomecanismo de puesta en marcha y dirección.

—¡Puedes hacerte cargo de la navegación si lo que intentas decirme es que yo tengo ansias de mando! ¡Ahora mismo! Te lo cedo para siempre.

Intervino Marina, conciliadora:

—No debéis poneros así —dijo con voz dulce—. Si empezamos a enfrentarnos entre nosotros, podemos considerarnos completa y definitivamente perdidos.

Tanto Charles como Oscar se miraron, rencorosos, pero ambos guardaron silencio, volviendo el rostro hacia el lago.

Uno de los hombrecillos salía en aquel momento de las aguas. Andando, con sus patas de rana, ofrecía una cómica figura, de una extraordinaria criatura, mitad rana, mitad hombre o mono, con la probóscide que se balanceaba al ritmo de sus desgarbados pasos.

Los astronautas dejaron que el hombrecillo se acercase a ellos; de todos modos, Oscar mantenía el arma en su mano, dispuesto a disparar sobre el venusiano a la menor alarma.

Todavía no se comunicaba el minúsculo ser con ellos, a juzgar por el silencio mental que los humanos sentían; pero pronto oyeron la «voz» del venusiano que penetraba en sus cerebros:

—¿Por qué habéis matado a mi compañero? —inquirió.

Charles y Jimmy miraron con odio al piloto.

—¡Ha sido él! —gritó Morris, señalando a Oscar, olvidando que el hombrecillo no era capaz de percibir las palabras habladas; pero,

indudablemente, el venusiano leyó el pensamiento de Charles.

Y se volvió hacia Mac Lewen.

—¿Por qué lo has matado?

—Porque sospeché que deseaba convertirnos en «asurs» —replicó el piloto, sin despegar los labios.

El ser minúsculo balanceó más intensamente su trompa.

—Todos vosotros sois buenos para convertiros en «asurs» —dijo.

—¿Lo has oído, Charles? —inquirió—. ¿Lo has oído?

Pero Morris replicó, casi en seguida, con un tono de rabia en la voz:

—¿Qué es lo que debía haber oído?

—¡Lo que ha dicho ese bicharraco: que todos nosotros somos buenos para convertirnos en monturas!

—¡No mientas! Ese venusiano no ha dicho absolutamente nada.

Oscar miró al hombrecillo.

Los ojos de éste brillaban de una manera extraña, cargados de picaras y cínicas lucecitas.

¿Era posible que aquellas diminutas criaturas fueran capaces de enviar su pensamiento de una manera parcial, a uno solo de los astronautas?

La idea cruzó velozmente al cerebro de Mac Lewen.

Si era así, los propósitos de los repugnantes venusinos estaban claros como el agua: crear divergencias entre los humanos, enemistarlos los unos con los otros.

«Divide y vencerás» —pensó, angustiado realmente, Oscar.

Y se volvió hacia los otros.

—¡Intentan crear diferencias entre nosotros, amigos! Él ha dicho algo malo, pero lo ha dirigido hacia mí. ¿No lo entendéis?

Jimmy se encogió de hombros.

—No tenemos por qué escuchar tus cuentos, Oscar. Tú has sido el culpable de lo que ha ocurrido, y si alguien debe pagar los vidrios rotos, ése deberás ser tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que vamos a explicar a este hombrecillo que tú has disparado porque te ha dado la gana. ¿No estamos de acuerdo?

—¡Canalla!

Charles asintió, pero la doctora, resueltamente decidida, se acercó al piloto.

—¡No puedo consentir eso, Jimmy! —protestó con vehemencia —. ¿Cómo habéis llegado tan bajo? ¿Vais a dejar a Oscar en este aprieto?

—Haz lo que quieras —repuso Jimmy—; pero demuestras estar completamente loca al correr la suerte que le espera a él.

Marina se estremeció, pero siguió al lado de Mac Lewen.

Entretanto, otros hombrecillos habían salido del lago y se acercaban a los terrícolas. Todos ellos caminaban de la misma cómica y desgarbada manera. Se unieron al primero y movieron las trompas con verdadera furia. Estaba claro que debían comunicarse algo importante entre sí.

Finalmente, el que había llevado la «voz» cantante hasta el momento, se destacó de los otros, acercándose a Jimmy y Charles.

—Os estamos muy agradecidos por vuestra sinceridad —dijo, enviando su pensamiento a la mente de todos los astronautas—. Vosotros dos regresaréis a vuestro aparato; pero lo haréis por un camino distinto, sin que vuestros amigos se den cuenta. No queremos que utilicen sus mortíferas armas otra vez.

—Haremos lo que queráis.

—Bien. Venid con nosotros. Daremos una vuelta y pasaremos a vuestro aparato por un camino más corto. ¿De acuerdo?

—Sí.

Sonrientes, seguros de que Marina y Oscar no habían «oído» los pensamientos de sus nuevos amigos, Jimmy y Charles siguieron dócilmente a los venusianos, internándose en el bosque. Quedaron los otros dos, silenciosos, Mac Lewen con la pistola preparada, dispuesto a destrozar unos cuantos de aquellos repugnantes hombrecillos en cuanto hicieran el menor movimiento hacia ellos.

Pero los venusianos se alejaron, desapareciendo también los que habían estado nadando en el lago y ocupando las aguas desde el borde hasta la astronave.

Marina miró a su compañero.

—No entiendo nada, Oscar.

—Yo tampoco; pero no vamos a perder el tiempo. Mientras dejen el camino libre, iremos a la astronave… ¡cuanto antes!

Y, uniendo la acción a la palabra, atravesaron, a pie, el vado suave que les llevó a la nave espacial. Una vez cerrada la puerta, Marina lanzó un profundo suspiro.

—¡Nunca creí llegar aquí! —exclamó.

—Tampoco me hacía yo demasiadas ilusiones —confesó.

—¿Y los otros?

Mac Lewen torció el gesto.

—No los he olvidado, Marina —replicó, con un acento sincero en la voz—. Todavía no creo que les haya ocurrido algo, pero tendremos que esperarlos. Debieron prometerles que les traerían aquí.

—¿Lo harán?

—No lo sé.

—Todo esto es espantoso, Oscar. Desde que salimos de la Tierra, las catástrofes no dejan de caer sobre nosotros. ¡No merecía tanto dolor y sufrimiento este viaje!

—Estoy de acuerdo contigo, pequeña. Pero era necesario salir, viajar por el espacio. Porque estas dificultades serán vencidas un día, en el futuro…

—¿Lo crees así…?

El piloto no respondió.

Tenía sus propias dudas sobre aquello y no quiso dar una respuesta falsa a la directa pregunta que la muchacha le había hecho. Prefirió callarse y, molesto por las ideas que surcaban en aquellos momentos su mente, se decidió a cambiar de conversación.

—¿Y si fuésemos a la cabina? Podríamos ver si esos dos cabezotas regresan.

—Bueno.

La luz del día de Venus era aún muy intensa. A diferencia de lo que les había sucedido en Marte, aquí el día era largo a pesar de que la luz del sol llegaba tamizada por la densa capa de nubes que cubría constantemente el cielo.

Esperaron mucho tiempo, mirando hacia el lindero del bosque, recordando, pero sin hablar de ello, todos los horrores de los que habían sido testigos últimamente.

—¡Mira, Oscar!

Distraído como estaba, Mac Lewen no pudo contener un estremecimiento que le recorrió la espalda.

—¿Dónde, Marina? —inquirió.

—Allí, en el bosque. ¡Fíjate bien!

Se veían unas siluetas que avanzaban hacia la orilla. Pronto se

dieron cuenta de que se trataba de los «asurs», llevando sobre sus espaldas a los monstruosos bichos con trompa que, además de montarlos, los iban devorando poco a poco.

—Dame los gemelos, Marina, y coge tú otro par.

Obedeció la muchacha y ambos miraron hacia el grupo de hombres primitivos que, cargados con los venusinos, estaban entrando en el agua.

Marina lanzó un grito de horror.

Y era lógico que así lo hiciera.

Porque entre los «asurs», portadores de venusianos, dos de ellos, por su alta estatura, sus cabellos rubios y su ancha espalda, que contrastaba con la delgadez cadavérica de los demás, no eran, ni más ni menos, que Jimmy Herson y Charles Morris.

—¡Cielo santo! —exclamó la muchacha, bajando los gemelos y con los ojos arrasados de lágrimas.

Oscar seguía mirando.

Se daba cuenta, en aquellos momentos, de la burda trampa en la que habían caído sus dos amigos. Escuchando los cantos de sirena de los venusianos, creyendo egoístamente que éstos iban a proceder contra él por haber disparado contra el homúnculo, habían sido desarmados en el bosque y convertidos, por la fuerza, en aquellas monturas que, a la vez, eran el alimento móvil de los hombrecillos de las trompas.

La caravana había penetrado en el agua y se acercaba a la astronave.

Angustiada, Marina cogió a su compañero por el brazo.

—¡Hay que hacer algo por ellos, Oscar! —gritó, con un tono histérico en la voz.

—Espera, Marina —repuso el joven—. Hay que tener muchísimo cuidado. Pero haré lo que pueda…

Descorrió un trozo de la capa de plexiglás que cubría la cabina, entrando así en contacto directo con el exterior.

Un doble alarido de dolor llegó hasta ellos.

El grupo estaba ya a menos de diez metros de distancia de la astronave y Oscar pudo ver los rostros de sus dos amigos, contraídos por un indescriptible dolor, envejecidos cien años en pocas horas.

—¡Sálvanos, Mac Lewen! —gritó Jimmy—. ¡No podemos más!

Oscar no quiso ni imaginar el efecto que producían aquellas repugnantes trompas, hundidas en la carne de sus compañeros, succionando la sangre y las sustancias alimenticias. Pero se preguntaba cómo no se rebelaban Jimmy y Charles, cuya fortaleza era mucho mayor que la de una docena de aquellos canallescos enanos.

Fue uno de los venusianos, el que montaba a Charles, quien contestó mentalmente a la pregunta que el piloto se había formulado:

—Nuestra trompa segrega una sustancia que paraliza los centros de la voluntad terrícola. ¿Lo entiendes ahora?

Oscar había sacado el brazo armado, dispuesto a disparar contra los enanos, pero pronto se percató de que era imposible y de que se arriesgaba a herir a sus propios amigos.

La escena era insoportable.

Con el cuerpo lleno de sudor frío, oyendo sollozar a la doctora a su espalda, Mac Lewen se preguntaba qué debía hacer. El sufrimiento de sus compañeros se manifestaba con los alaridos que daban a cada momento, ya que si su voluntad estaba anulada, no ocurría otro tanto respecto a su sensibilidad al dolor.

Le producía escalofríos de terror imaginar el trabajo de aquellas trompas, que debían estar dotadas de apéndices córneos como dientes, y que arrancaban a trozos la carne de los cuerpos, al mismo tiempo que la sangre producida por los desgarros subía por ellas, hasta llegar a las bocas glotonas de aquellos monstruos minúsculos.

—¡Haz algo! —rugió Marina, acercándose a él—. ¡Haz algo o terminaré enloqueciendo!

Oscar se pasó la lengua por los labios resecos.

Dudaba, pero sus últimos escrúpulos fueron desapareciendo de su mente a medida que los alaridos de dolor de Jimmy y Charles llegaban hasta él.

Levantando el arma, apuntó cuidadosamente e hizo fuego. La bala penetró por la frente de Jimmy, que se desplomó, arrastrando al venusiano en su caída. Oscar repitió lo mismo con Charles; luego, enloquecido, empezó a disparar contra los otros, sonriendo ferozmente a medida que los venusianos iban cayendo bajo el fuego mortífero de las balas.

—¡Tomad! —Rugía, sin dejar de apretar el gatillo—. ¡Tomad,

malditos! ¡Esto por Charles y esto por Jimmy!

Sólo cuando vio el agua repleta de sangre, junto a los cuerpos de más de un centenar de venusianos que flotaban sobre su superficie, dejó de disparar.

Luego, con los ojos llenos de lágrimas, se volvió, tras haber cerrado el plástico que cubría la cabina.

Marina estaba en el suelo, inmóvil, sin conocimiento.

Minutos más tarde, Oscar, aún bajo el peso de la emoción que aquella loca aventura le había producido, ponía en marcha los poderosos motores de la nave.

Venus quedó atrás.

CAPÍTULO VI



las 9’45, hora Moscú, de aquella mañana fría de noviembre del año 2015, la Agencia de información Tass, por boca de Dimitri Petrovicht Yugulev, el locutor de las grandes solemnidades, hizo público el siguiente comunicado:

»Después de un silencio que ha durado ochenta y tres horas, el “Rostov 111”, la astronave soviética, ha vuelto a establecer contacto con su base de lanzamiento, situada en un lugar del Asia central. La comunicación sigue en estos momentos y así se ha podido saber que su interrupción era debida a un fallo en los aparatos de emisión y recepción del cosmonavío, que han sido reparados hace pocas horas.

»Nos complacemos en comunicar al pueblo de la URSS que los seis gloriosos cosmonautas siguen en perfecto estado y que la bandera de nuestro país ondea ya sobre Mercurio; en estos momentos precisamente, se está colocando en uno de los más altos

montes del planeta Venus.

»Conscientes de su deber para con la ciencia y la técnica soviéticas, los seis cosmonautas han realizado el mayor esfuerzo que jamás llevaron a cabo los humanos. Una vez más, desde el lejano momento en que se lanzó el primer “sputnik”, la URSS ha demostrado su superioridad en lo que se refiere a los viajes cósmicos.

»Ahora, mis queridos radioyentes, vamos a ofrecerles un trozo de la conversación que el jefe de la base de lanzamiento celebró, hace poco, con el comandante Vasili Dugorin, jefe de la expedición cósmica, conversación que ha sido grabada en cinta magnetofónica para que todos ustedes puedan sentir la misma emoción que experimentaron en la base al reanudarse el contacto radial con el “Rostov 111”.

»¡Escuchen la voz del comandante Dugorin!

»¡Atención!

Se oyeron una serie de ruidos extraños: silbidos, arañazos y chapoteos; luego, una voz sonó, lejana al principio, más clara momentos más tarde.

»—Aquí, el “Rostov 111”, llamando a la Tierra.

»—¿Quién es?

»—Comandante Dugorin.

»—Hemos estado sin comunicación con ustedes. ¿Qué ha ocurrido?

»—Se estropeó una serie acústica del receptor y una lámpara del transmisor. Ahora todo se ha normalizado.

»—¿Dónde están ustedes?

»—Acabamos de llegar a Venus, pero hemos estado en Mercurio y colocado allí la bandera soviética.

»—¿Dificultades?

»—Ninguna, salvo lo ocurrido a la radio.

»—¿Han visto algo interesante?

»—Muchísimas cosas. Hemos tomado diez mil metros de película y recogido muestras de vegetales y de minerales en Mercurio. Nos proponemos hacer lo mismo en Venus, antes de salir para Marte.

»—¿Vieron seres vivos?

»—No, por el momento, si exceptuamos los vegetales de los que hablé antes. Pero si se refiere a fauna, Mercurio carece de ella y, por

lo visto, Venus tampoco tiene.

»—¿Están satisfechos?

»—Muchísimo. Satisfechos y orgullosos de haber sido los primeros en viajar por el sistema solar.

»—¿Han podido captar algún mensaje o visto a la nave que los americanos anunciaron haber lanzado?

»—No. Las dificultades técnicas de la radio nos han impedido oír nada; pero tampoco hemos visto a la cosmonave estadounidense. Ahora estableceremos una guardia de escucha, en distintas longitudes de onda, para poder saber si andan por aquí.

»—Perfectamente. ¿Quiere decir algo al pueblo soviético, comandante Dugorin?

»—Con mucho gusto. —El tono de voz cambió, haciéndose más profundo y solemne—: Envío un saludo a todos los ciudadanos de la URSS, en nombre propio y de mis compañeros de viaje. Estamos orgullosos de haber nacido en esa hermosa tierra y deseamos ardientemente volver a ella para informar a los sabios soviéticos y procurarles los datos que hagan posible la definitiva conquista de los espacios siderales. Al mismo tiempo, enviamos también un afectuoso saludo a todos los hombres de la Tierra. Nada más.

»—Muchas gracias, comandante Dugorin…

La voz del locutor volvió a dejarse oír, vibrante y convincente:

»Han oído ustedes, queridos radioyentes, la voz del comandante Dugorin, jefe de la expedición cósmica al sistema solar. Héroe soviético, así como sus compañeros, el comandante Dugorin…

* * *

El contenido íntegro de la emisión retransmitida por Radio Moscú, previamente traducida al inglés, fue entregada al secretario de Estado, Arnold Watson, quince minutos más tarde de que las últimas palabras del comandante Dugorin llegasen a los oídos de los radioescuchas rusos.

Watson era un hombre enérgico, de alta estatura, delgado, casi huesudo y con una amplia frente enmarcada por unos cabellos negros que empezaban a tornarse grises en las sienes. Se le habían dado toda clase de facilidades en lo que guardaba relación con los viajes cósmicos y tenía completa autoridad para obrar a su guisa.

Por eso, cuando Watson hubo leído atentamente lo que acababan de dejarle sobre la mesa del despacho, extendió la mano derecha, pulsando el botón de su interfono.

La voz de su secretaria sonó inmediatamente en la estancia.

—¿Señor…?

—Haga el favor de convocar inmediatamente al profesor Freideberg, señorita.

—Bien.

—¡Un momento!

—Diga, señor…

—¿Hay más noticias de Miller?

—No se ha recibido nada más, señor.

—Perfecto. Llame al profesor. Quiero verlo cuanto antes.

—Ahora mismo, señor…

Watson pulsó de nuevo la palanca y el silencio cayó sobre él. Había leído otra vez más el contenido de la emisión de Radio Moscú y frunció el ceño, mostrando claramente su preocupación por aquel mensaje radiado.

No pensó, por el momento, en molestar al presidente. Tenía suficientes atribuciones para decidir solo, antes de informar a su superior. Y llegó a la lógica conclusión de que era mucho mejor hablar primero con el profesor y plantearle crudamente el problema pavoroso que significaba el mensaje de la Agencia Tass.

Tuvo que esperar cerca de dos horas para que su secretaria le comunicase la llegada de Karl; impaciente, Watson ordenó:

—¡Hágale pasar inmediatamente, señorita!

—Bien.

La puerta se abría momentos más tarde, dando paso a Freideberg. Como siempre, el profesor enarbolaba una sonrisa simpática, aunque la intensidad de su mirada expresaba muy bien lo superficial de aquel gesto.

Se estrecharon cordialmente la mano y, después de que Watson hubo ofrecido a su visitante uno de los cómodos sillones que había al otro lado de la mesa del despacho, le tendió, sin más preámbulos, la hoja de papel que se sabía ya de memoria.

Karl leyó el mensaje con todo detenimiento.

Observando el rostro del profesor, Watson se percató del sutil cambio de color que se operaba en él. Era evidente que Freideberg

había palidecido un poco; pero sus mejillas volvieron a colorearse nuevamente de una forma normal.

Dejó el papel sobre la mesa.

—¿Y bien? —inquirió el secretario de Estado, sin poder aguantar más.

—Todo esto es falso, señor.

—Me gustaría tener su misma seguridad, profesor.

—Puede tenerla, señor secretario. Los informes que Miller ha enviado lo demuestran incontestablemente.

—También era yo de la misma opinión.

—¿Y no lo es usted ahora?

Watson se encogió de hombros.

—La verdad es que no sé qué pensar, profesor. Es demasiada la responsabilidad que los Estados Unidos han echado sobre sus espaldas al hacer caso de sus teorías.

Una sonrisa cargada de tristeza se asomó a los labios del hombre de ciencia.

—Es lógico que las dudas sigan creciendo en ustedes —dijo—. Lo comprendo perfectamente.

—Es normal que así sea, profesor. Estamos empeñados en algo tremendamente gravísimo, amigo mío. ¡Y usted se niega a darnos noticias concretas de nuestros expedicionarios!

—No puedo hacerlo por el momento, señor. Aunque puedo adelantarle que, por el momento, todo lo que ha ocurrido me da la razón. Pero es muy pronto para llegar a conclusiones definitivas.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero ¿olvida usted lo que los rusos están haciendo? Ellos no pierden ninguna ocasión para, como usted acaba de leer, dar bombo y platillo a su expedición. Y sabiendo lo nuestro, es para echarse a temblar si lo que ha dicho Radio Moscú posee un asomo de verosimilitud.

—¡Imposible!

—Quisiera creerle, profesor.

—¿No hay noticias de Miller?

—Las que le envié fueron las últimas.

Karl cerró los puños y pareció por un momento que iba a golpear la superficie de la mesa.

Pero no lo hizo. En cambio, elevando el tono de su voz, exclamó:

—¡Miller tiene que lanzarse a una investigación directa!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no nos basta con lo que sus agentes le vayan comunicando. ¿No se da usted cuenta, señor secretario, que de saber la verdad depende la confrontación total de mi teoría del «paréntesis cósmico»?

—Su teoría… —no había burla en el tono de voz de Watson; más bien sentimiento—. ¡Ojalá no se tratase de una simple hipótesis!

—Lo es y no lo es —rezongó el profesor—. He dedicado casi treinta años de mi vida a esos trabajos. Y si vine a Occidente fue con la santa intención de prevenirles antes de que fuese demasiado tarde. Incluso recreé para ustedes las condiciones fisicoquímicas y gravitatorias del espacio cósmico, para poder demostrar mi tesis sobre el «paréntesis».

—Ya lo sé, amigo mío. Y no vea en mi actitud ningún reproche hacia todo lo que usted ha hecho por nosotros. Le estamos profundamente agradecidos; pero también comprenderá nuestros recelos. Sobre todo, después de este mensaje de la Tass.

—No haga caso, señor. La imposibilidad existe para todos los países, y los rusos no son una excepción. Yo no creo ni una sola palabra de ese fantástico comunicado.

—Pero… ¿y el «Rostov III», profesor?

—Miller tiene la palabra —repuso, después de una corta pausa —. Si en vez de limitarse a escuchar los informes que le van dando, se lanzase valientemente a una investigación personal, saldríamos de dudas.

—Es muy difícil lo que usted pide.

—También es muy grave lo que de ello depende, señor.

Hubo una nueva pausa.

Los dos hombres estaban plenamente convencidos de la tremenda gravedad de los momentos que estaban atravesando; los dos sabían muchas cosas, muchísimas, completamente ignoradas no sólo por el gran público, sino por la mayoría de los posibles interesados.

Sólo media docena de hombres estaban informados de la verdad.

Y era una verdad horrible, peligrosa, una especie de arma de dos filos, que lo mismo podía demostrar la verdad de la hipótesis del profesor que hacer visible su equivocación, lo que se convertiría en

el mayor fracaso que los Estados Unidos habrían sufrido en toda su historia.

—Daré nuevas instrucciones a Miller —dijo Watson, rompiendo el silencio que se había hecho.

Karl sonrió.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—Haremos lo posible por no enloquecer, entretanto —sonrió también Watson—. Lo único que deseo es que todo esto termine de una vez; porque, de otro modo, no sé dónde iremos a parar…

Freideberg abandonaba, quince minutos más tarde, la Casa Blanca.

* * *

Automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía, Oscar colocó en el piloto automático las coordenadas espaciales de Mercurio. Fue más tarde, cuando ya se acercaban al extraño planeta, cuando Marina se dio cuenta.

—¿Cómo? —inquirió—. ¿Todavía intentas seguir?

El piloto asintió, con un gesto de cabeza, sonriendo débilmente al mismo tiempo.

—¿Qué podemos hacer, Marina? Ahora tenemos experiencia para no cometer un nuevo error.

—¡También teníamos experiencia cuando salimos de Marte, después de lo que le sucedió a Edward!

—Pero ahora es distinto —insistió Mac Lewen—. No abandonaremos la astronave por muchas maravillas que veamos. Nos limitaremos a observar el planeta desde aquí y luego pondremos rumbo a la Tierra.

—¡Teníamos que estar allí ya!

—Yo también lo deseo, pequeña. Pero no podemos huir cobardemente, sobre todo después de lo ocurrido.

—Como quieras. Pero hay algo que me da miedo, Oscar.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Parece como si existiese una fuerza enorme, superior a las pobres fuerzas humanas nuestras, que se empeña en demostrarnos que estos viajes son absurdos.

—¡Bah! ¿Es que no corrieron peligro los primeros astronautas?

—De acuerdo; pero tuvimos que abandonar la Luna, tanto los rusos como nosotros. Era demasiado costoso estar allí, permanecer en aquel horrible lugar. Y después de haber ensayado todos los procedimientos posibles, nos dimos cuenta de que el país iba a la ruina por mantener en la Luna a media docena de desdichados que, finalmente, lo mismo que los soviets enviaron, quedaron abandonados en nuestro satélite… y murieron.

—Eso es distinto, Marina. La Luna no fue nunca, y el hombre lo supo desde el comienzo, un lugar ameno y agradable para establecer una base. Llevar alimentos y máquinas al satélite resultaba ruinoso, sobre todo después de descubrir la enorme radiactividad que había sobre él. No, no fue ningún buen negocio ir a la Luna. Pero el sistema solar nos brinda oportunidades muy distintas.

—¡Sí! ¡Ya has visto la clase de oportunidades que nos han ofrecido Marte y Venus!

—Son los comienzos, pequeña. Y los comienzos son siempre difíciles; pero ¿qué representan las criaturas extrañas con las que hemos tropezado? Ahora las conocemos y los hombres y mujeres que seguirán nuestro camino, los futuros astronautas, irán preparados para destruir a esas criaturas y no caer en el cepo que costó la vida a nuestros compañeros.

—¡Ojalá tengas razón!

Él se acercó, sonriente, poniendo una mano sobre el hombro de la muchacha.

—Ya te he dicho, Marina, que no abandonaremos, por ningún concepto, la astronave. Pase lo que pase, veamos lo que sea, permaneceremos aquí y tomaremos algunas películas. Por desgracia, las que tomamos en Marte y Venus se perdieron, al mismo tiempo que las cámaras.

—Nuestro relato tendrá el mismo valor.

—Puede ser.

Marina se había tranquilizado un poco y sonrió.

—No permaneceremos mucho tiempo en Mercurio, ¿verdad, Oscar?

Éste denegó enérgicamente con la cabeza.

—Sólo lo necesario para echar una ojeada —repuso—; ni un instante más.

La doctora entornó los ojos.

—Luego pondrás marcha hacia la Tierra. ¿Te das cuenta, amigo mío?

—¿De qué?

—Del gozo que experimentaremos al ver acercarse a nuestro maravilloso planeta. ¡Qué locos somos los humanos, Oscar!

—¿Qué quieres decir?

—Que somos una gigantesca banda de estúpidos. Nos fue dada la parte más estupenda de todo el Universo: allí está todo lo que necesitamos, todo lo que nos ha hecho importantes, todo lo que puede hacernos completamente humanos. ¡Y buscamos otros mundos, como si el nuestro no nos bastase!

—Es una cosa normal…

—¡No lo creas! El hombre lleva inscrito, como una mácula, en su frente, el estigma de la rebelión. ¡Nunca fue más cierto esto! Miró el hombre al ciclo desde siempre, al principio con respeto y temor, luego con la libertad de ideas que le prestaban sus conocimientos cada vez más completos. Y después, finalmente, después de haberlo conquistado con sus máquinas voladoras, no se sintió satisfecho y quiso ir más lejos, al otro lado de lo posible, fuera de su mundo…, hacia lo desconocido.

—¿No es emocionante?

—¡Estúpido, querrás decir! Nunca aprenderemos, Oscar…

—Cálmate, pequeña. Mira —y se había vuelto para observar el espacio—: Mercurio se acerca y tenemos que prepararnos para el descenso.

—Bien, pero no olvides lo prometido.

—¿A qué te refieres?

—A que no saldremos de la astronave, pase lo que pase, y a que estaremos en Mercurio el tiempo preciso para echar una rápida ojeada.

—Prometido.

Mac Lewen se sentó ante el cerebro electrónico y dispuso los datos para que la astronave realizase un aterrizaje sobre una zona intermedia entre la expuesta siempre al Sol y la eternamente dirigida hacia la noche cósmica.

El cosmonavío realizó la maniobra con la perfección matemática de las veces anteriores. Luego, descendiendo paulatinamente,

terminó por posarse sobre una especie de superficie rocosa, de color rojizo y con brillos intensos.

La luz, en aquella zona intermedia, ofrecía aspectos fantásticos, siendo rojiza por el lado en el que Mercurio miraba hacia el Sol y azul-violeta por el opuesto. En realidad, todos los colores del arco iris eran visibles en el cielo mercurial, debido, sobre todo, al ángulo de incidencia de la luz en la atmósfera cargada de humedad.

La nave espacial terminó de posarse, haciéndolo suavemente, sobre su tren de aterrizaje, formado por grandes patas articuladas y que terminaban en enormes ventosas circulares que podían adherirse a cualquier clase de terreno.

—Ya estamos en Mercurio —dijo Oscar.

—¡No olvides lo prometido!

—No temas, Marina. Voy a ir hacia la popa para filmar desde allí. Luego volveré aquí para terminar el rollo.

—No tardes.

—No tardaré.

Mac Lewen tomó el largo pasillo que atravesaba, de delante a atrás, la nave.

Marina se quedó sola.

Estaba pensando en la alegría que experimentaría cuando Oscar terminase de filmar y tomar los datos necesarios. La nave se elevaría y empezaría su última fase del viaje, dirigiéndose directamente hacia la Tierra.

¡La Tierra!

Entornando los ojos, la doctora hizo desfilar ante ella los bellos paisajes del Globo, sus hermosos mares, la pureza de su cielo… ¿Cómo podría desearse una cosa mejor, si en realidad no debía haberla en ningún rincón del fabuloso Universo?

Se desperezó, feliz como nunca lo había sido. Luego, poniéndose en pie, acercóse a la capa de plástico, dispuesta a echar una breve ojeada sobre la superficie del planeta mientras Oscar filmaba en la popa.

Fue entonces cuando los vio.

Se quedó parada, pero no había en su expresión ni el menor asomo de temor; por el contrario: brillaban sus ojos al unísono de los reflejos que hasta ellos llegaban.

—¡Qué hermosos! —exclamó.

Porque lo que había visto sobre la superficie rojiza de Mercurio era una colección de gigantescos diamantes, pulidos ya, que lanzaban al espacio la magia de sus reflejos azulados.

Nunca había visto una cosa semejante.

Su desconfianza hizo, no obstante, que ampliase su campo de visión, mirando hacia lo lejos; pero fuera de las piedras preciosas y de la capa rojiza en la que reposaban, no se veía absolutamente a nadie.

¡Diamantes!

No había en su gozo ninguna idea de lucro, sino el normal deseo de una muchacha hermosa. Se imaginaba ya con un collar que llamaría la atención en todas partes, que causaría un verdadero escándalo.

También podía hacerse unos pendientes, un aderezo, varias sortijas…

Se estremeció de placer anticipado.

Los pasos de Oscar la hicieron volverse.

—¡Mira esto! ¡Ven aquí, en seguida!

Él se acercó y ella, ante el silencio del hombre, se irritó un poco.

—¿No ves lo que yo? —inquirió, con un tono de voz un tanto estridente.

—¿Te refieres a los diamantes?

—Sí. ¿Es que no te gustan?

—No he dicho eso. También los hay al otro lado, aunque más pequeños que éstos.

—¡Quiero coger unos cuantos, Oscar!

Se volvió el piloto, mirándola fijamente.

—¿No olvidas que prometimos no abandonar la astronave bajo ningún pretexto?

—¡No seas así, encanto! ¿Es que no te has dado cuenta de que no se ve absolutamente a nadie?

—Eso no quiere decir nada.

Lo miró, en actitud de reto.

—Tienes miedo, ¿verdad, Oscar?

—Sí.

—¡Vaya! Ahora resulta que mí héroe, el hombre que ha demostrado tener más sangre fría que los demás, se ha vuelto un cobarde…

—Es igual que me insultes, Marina. No saldremos de aquí. Bastantes disgustos hemos tenido hasta ahora. Filmaré un poco más y pondré la nave en marcha, para regresar a la Tierra.

Ella se mordió los labios; después, dijo sonriente:

—Quizá no quieras salir porque la atmósfera no sea respirable, ¿no es eso?

—Te equivocas; la he analizado y es perfectamente respirable, quizá demasiado calurosa…, unos cuarenta y seis grados.

Marina se encogió de hombros.

—¡Bueno! —suspiró—. Es igual. Quizá tengas razón. No saldremos. ¡Al diablo con los diamantes!

Mac Lewen sonrió.

—Así me gusta, Marina, que seas juiciosa.

Y se volvió para filmar lo que se veía desde la nave.

La doctora no perdió el tiempo.

Hacía ya unos minutos que había forjado un plan, y en cuanto Oscar le dio la espalda, se apoderó de los gemelos grandes, levantándolos y golpeando con todas sus fuerzas en la cabeza de su compañero.

El piloto se desplomó sin exhalar un grito.

Moviéndose con rapidez la muchacha se dirigió hacia el pasillo, maniobrando el mecanismo que abría el «sas»; luego, tras haber cerrado la puerta a su espalda, descendió por la rampa que había salido al unísono, movida por el mecanismo que abría el «sas».

Corrió.

La luz de los diamantes, desde el exterior de la nave, era aún más refulgente.

Arrodillándose en el suelo rojizo del planeta, Marina Oswer tendió la mano, apoderándose de una de las piedras, la más grande de las que vio. Y entonces, como animadas por un mágico movimiento, otras piedras se lanzaron sobre la muchacha, emitiendo pseudópodos finísimos, que no eran más que concreciones de luz, y trepando por su cuerpo, y haciéndole sentir como si miles de pinchazos se clavaran en su piel.

Intentó moverse, erguirse, levantarse y huir; pero le fue imposible. La luz cegadora que emitían los colosales diamantes vivos la paralizaban; al mismo tiempo, al entrechocar las piedras entre sí, producían un sonido agudísimo, una especie de vibración

que ensordecía y atontaba a la joven.

—¡Oscar! —llamó, al tiempo que caía al suelo, bajo el peso de cientos de diamantes que ya habían trepado sobre ella.

* * *

El piloto abrió los ojos.

El dolor de la nuca era fuerte y estuvo durante unos segundos frotándose aquel lugar, antes de ponerse en pie.

Luego miró a su alrededor.

—¡Marina! —exclamó, adivinando lo que había sucedido.

Corrió hacia el «sas», y vio que estaba cerrado, pero la luz roja demostraba que la rampa estaba echada; lo que quería decir que la muchacha seguía en el exterior.

Por un momento pensó en salir fuera, pero dudó; de pronto, sacando su pistola, se decidió a abrir la puerta y corrió hacia donde creía que estaba Marina.

Se detuvo a media docena de metros.

El espectáculo era espantoso.

Cubierta por las piedras brillantes, el cuerpo de la muchacha estaba siendo cortado y corrido por las aristas de los diamantes que, animados de una extraña vida, buscaban sustancias nutricias en la joven.

Loco de furor, levantó el arma y disparó hasta vaciar el cargador. Las piedras preciosas saltaron en pedazos, pero las balas penetraron también en el cuerpo de la doctora, aunque ésta ya no podía sentir el efecto de los proyectiles.

Estaba muerta.

Corriendo hacia la astronave, con los ojos desorbitados, penetró en el interior del aparato, precipitándose hacia el piloto automático, que maniobró con movimientos febriles.

—¡Soy un asesino! ¡Soy un asesino! —no dejaba de repetir.

Había matado a Charles y a Jimmy, luego a la muchacha; claro que no pudo hacer otra cosa, ya que todos ellos estaban condenados a una muerte más terrible; en cuanto a Marina, tenía casi la seguridad de que estaba muerta cuando abrió fuego contra los malditos diamantes.

—¡Debiste escucharme, pequeña! —sollozó, mientras los

motores se ponían en marcha—. ¡Debiste escucharme! Te he visto cubierta de piedras preciosas, como tú soñabas, pero ya muerta…, ¡muerta por no haberme hecho caso!

La nave se elevó, con un rugido, hacia el espacio.

CAPÍTULO VII



iller había recibido nuevas instrucciones. Sabía perfectamente que lo que Washington le exigía iba a ser muy difícil y peligroso.

Movilizó a sus agentes con el fin de preparar el viaje hacia el Asia central, para tratar de llegar a la base secreta desde donde se había lanzado el «Rostov III».

Aquella noche, en su hotel, esperó pacientemente la llegada del falso camarero. No estaba nervioso, pero deseaba empezar el viaje cuanto antes, ya que se había dado cuenta de la importancia de la información que podría recoger en aquel lugar lejano.

Cuando llegó el camarero, Fred esperó que le sirviese, sin demostrar interés alguno, el vaso de wodka, que se bebió de un trago. Luego repitió la fórmula de siempre:

—¿Qué hay?

—Todo está preparado, señor Miller.

—¿Cuándo salimos?

—Dentro de una hora. Hará el viaje en avión y le dejaremos a un par de millas de la base. Luego se las arreglará usted solo. Le esperaremos allí durante tres días. No podemos hacer más.

—Es bastante. Gracias.

—Hay otra noticia que acaba de llegar, señor.

—¿Cuál?

—Hemos sabido que el director del lanzamiento del «Rostov» ha sido el profesor Simonovich, un polaco que lleva casi toda su vida en Rusia.

—Lo comunicaré antes de marcharme. Hasta luego, amigo.

—Hasta luego.

Fred pasó por la Embajada, dejando el informe que el camarero le había entregado. Una hora después volaba ya hacia el Este, en un avión que iba pilotado por dos agentes rusos a sueldo de los Estados Unidos.

Cumplieron su palabra, dejándole sobre un llano, a unas dos millas y media de la base secreta.

Después de estrechar la mano de sus amigos, que le esperarían allí, ocultando el pequeño aparato bajo una red de camuflaje para no ser vistos durante el día por alguna patrulla aérea rusa, el agente se alejó, acercándose precavidamente a la base.

Veintidós minutos después estaba muerto.

Una ráfaga de un centinela ruso le atravesó el cuerpo, acribillándolo por completo.

Fred Miller murió con una sonrisa en los labios.

Sorprendido cuando ya se disponía a atravesar las alambradas que le separaban de la base secreta.

* * *

Utilizando una vez más el helicóptero que el Pentágono había puesto a su disposición, el profesor Freideberg se dirigió hacia la Casa Blanca, pidiendo ser inmediatamente recibido por el secretario de Estado.

Watson estrechaba su mano unos minutos más tarde, señalándole el sillón que había al otro lado de la mesa.

—¿Algo nuevo, profesor?

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de Karl.

—¡No me equivocaba, señor! ¡Estaba seguro de que no me equivocaba!

El otro frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Leyó usted el último informe de Miller?

—Sí, pero tengo malas noticias a ese respecto, profesor: Miller murió al intentar acercarse a la base secreta rusa.

—Eso no importa; es decir, lamento mucho que ese valiente joven haya muerto. Pero al decir que no importa es porque ya no necesitamos más información de la URSS.

—¿Quiere usted ser más explícito, amigo mío?

—Con mucho gusto. Le pregunté antes si había leído el último informe del desdichado Miller: es definitivo.

—¿Por qué?

—Porque nos aclara los propósitos rusos. Recordará usted que se nos decía que el encargado del lanzamiento soviético era el profesor Simonovich.

—Así es; pero no veo la importancia de ese detalle…

—¡Es capital, señor! Yo conocí a Wazdla en la Universidad de Heidelberg, hace muchísimo tiempo. Trabajaba en física, como yo, pero se dedicó, como yo también, a la psicología. ¿Lo entiende usted ahora?

—Apenas…

—Pues bien, escuche: el que haya sido el profesor Simonovich el encargado del lanzamiento demuestra, de una manera inequívoca, que los rusos… ¡han hecho lo que nosotros!

—¡No!

—Sí, amigo mío. Simonovich no es tonto. Debió leer algo de lo que yo publiqué, hace años, sobre mi teoría del «universo en paréntesis». Yo entonces empezaba a trabajar sobre el asunto, con pocos datos, basando mi estudio en ciertos fenómenos, más psicológicos que físicos. Pero Wazdla debió sospechar la verdad que encerraba todo aquello. Y cuando los rusos se dispusieron a lanzar su «Rostov III», debió hablar con los jefes de lanzamiento y decirles, aproximadamente, lo que yo comuniqué a ustedes.

—Pero eso quiere decir que…

—¡Eso mismo, señor! Han jugado con las mismas cartas que hemos utilizado nosotros. Se han dado cuenta de que la aventura

del «Rostov», como la de nuestra astronave, iba a ser el canto del cisne en cuestión de viajes espaciales.

—¡Formidable!

—Seguro que los rusos y Simonovich sospechan que hemos hecho lo que ellos…

—¡Diablo! ¿Y por qué no se han servido de eso para su propaganda?

—Porque no pueden. Simonovich les ha advertido, con toda seguridad, de que yo estaba a la cabeza del proyecto del lanzamiento americano. Y él sabe perfectamente que yo conozco lo que él ha hecho. ¿Lo comprende ahora? De haber hecho público nuestro experimento, nosotros hubiésemos hecho lo mismo…

—Comprendo.

—Ellos prefieren guardar el secreto, aunque espero que hagan algo más.

—Y eso ¿qué es?

—No lo sé aún…, pero no tardarán en mostrar claramente su juego. Yo creo que…

Uno de los teléfonos, justamente el de color rojo, que estaba a la derecha de Watson, sonó en aquel preciso instante con melódica insistencia.

—Perdone un momento, profesor.

—Haga…

El secretario de Estado descolgó el aparato granate.

—¿Diga?

Escuchó unos instantes. Karl se percató en seguida del asombro que se pintaba en su rostro. Luego, cuando Watson colgó, tardó unos segundos en poder articular palabra.

—¡No se equivocaba usted, profesor! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—La Embajada soviética ha pedido el plácet para el profesor Simonovich. Éste va a ponerse en camino. Desea hablar con usted…

Karl sonrió triunfalmente.

—¡Lo suponía y lo esperaba! —exclamó—. Quieren llegar a un arreglo, seguramente, para informar de una manera lógica a la opinión mundial. Era natural y lógico.

—¿Entonces…?

—Esperaremos la llegada de Simonovich, señor. Es lo mejor.

Luego, cuando me haya entrevistado con él, llegaremos a una conclusión, naturalmente de acuerdo con lo que ustedes digan.

—¿Y nuestro asunto?

—Nos ocuparemos seguidamente de él. Tenemos aún un par de días de tiempo.

—Como usted quiera. Voy a informar al presidente.

—Sí, hágalo. Y dígale que puede dormir tranquilo. Todo se ha arreglado de una manera satisfactoria. Yo esperaré en Washington la llegada de mi colega ruso. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

* * *

El «Turbo-Tupolev», a reacción atómica, se posó, a la hora precisa, en el aeródromo de Washington, previamente acordonado por la guardia presidencial. Y cuando el profesor ruso descendió del aparato, su colega, Karl Freideberg, fue el único hombre que se adelantó a su encuentro.

Los dos sabios se estrecharon la mano.

—Hace tiempo que no nos veíamos, Karl…

—Es cierto, Wazdla. ¿Te ha ido bien?

El otro se encogió de hombros.

—Ya puedes imaginártelo, Karl. Ya sabes que no pienso como esa gente, pero me interesó mucho su proyecto.

—Lo comprendo. ¿Vamos a mi despacho?

—Cuando quieras.

Un vehículo les llevó a la estancia que el Pentágono había cedido al profesor Freideberg. Una vez allí, Karl sirvió de beber a su colega y le invitó a acomodarse a su guisa.

—Leíste mis trabajos publicados en Europa, ¿verdad? —inquirió Karl.

—Sí, amigo mío. También estaba yo rondando alrededor de algo semejante. Por eso intervine inmediatamente en el proyecto «Rostov».

—¿Te hicieron caso?

—Estuvieron a punto de encerrarme en un manicomio. ¡Ya puedes imaginártelo! Estaban tan encariñados con la idea que casi me echan a patadas del despacho del Consorcio de Astronáutica.

¿No te ocurrió a ti nada parecido cuando expusiste tus ideas?

—No tanto, pero también he tenido mis dificultades.

—Yo lo pasé mal. Tuve que quedarme ronco de tanto gritar. Tenía menos base teórica que tú, pero estaba plenamente convencido de que tu hipótesis era la cierta. Conseguí, después de interminables semanas de discusiones sin fin, que me hiciesen caso.

—¿Y cuáles han sido los resultados, Wazdla?

—Catastróficos. ¿Y los tuyos?

—Todavía no lo sé. En realidad, he querido esperarte para que vengas conmigo.

—¡Te lo agradeceré toda mi vida!

—Vamos entonces. Los personajes que asistirán con nosotros están ya esperando.

—De acuerdo.

* * *

El grupo de hombres había penetrado bajo una gigantesca cápsula de plástico, sobre el que se veían aparatos pegados a ella, como ventosas. Una vez dentro, ocuparon los asientos de una gradería que estaba a un lado de una especie de inmenso circo.

En el centro estaba la astronave.

Sentado en un lugar aparte, junto a su amigo, Karl tenía un micrófono delante.

—Señores —empezó a decir—: hace algunas semanas iniciamos este experimento, destinado a demostrar mi teoría. Desde hace muchos años, al estudiar lo que los físicos llamamos «coordenadas de dilatación del espacio», me encontré con una cosa verdaderamente singular. Lejos de lo que Einstein y otros habían supuesto, el espacio formaba, alrededor de cada planeta o estrella, una especie de «paréntesis», una zona de características particulares que, en su suma, eran letales para el cerebro humano.

»En contra de mis ideas se podían argüir los viajes que los animales de experimentación lanzados al espacio habían hecho, moviéndose en órbitas cada vez más lejanas y que habían pasado y atravesado lo que yo llamaba “paréntesis”.

»Los animales regresaron a sus bases de lanzamiento en perfecto estado. Y esto hizo comprender, erróneamente, a los promotores de

los viajes espaciales, que la salida de los seres humanos hacia el espacio cósmico era una cosa factible.

»Pero olvidaron el profundo abismo que hay entre los animales y los seres humanos…

»Yo estaba, sin embargo, completamente seguro de que ningún hombre conseguiría atravesar esa capa en “paréntesis” cerrado. Convencido de mi hipótesis, vine a los Estados Unidos y celebré conversaciones secretas con los dirigentes de este país.

»Tuve muchas dificultades para que diesen crédito a lo que ellos consideraban como peregrinas ideas. Por otro lado, el lanzamiento del “Rostov 111” parecía dar un golpe definitivo a mi teoría. Pero, no obstante, tuve la suerte de ser escuchado con sensatez y, finalmente, fueron aprobadas mis ideas.

»Se construyó entonces esta cápsula donde, gracias a mecanismos especiales, cuyo detalle no nos interesa ahora, podían reproducirse, exactamente, las condiciones dimensionales de mi “paréntesis”. Ahora acabo de saber que en Rusia, gracias a la intervención de mi colega, el profesor Simonovich, se hizo lo mismo.

»No hubo, por lo tanto, lanzamiento del “Rostov 111”, de la misma manera que nosotros no hemos lanzado nuestra astronave. Wazdla hizo una cápsula semejante y logró reproducir, como nosotros, el ambiente pluridimensional del “paréntesis”.

»Nada importa lo que los rusos hayan observado. Ahora, cuando la sala se ilumine, podremos ver lo que ha sucedido aquí. Lo único que deseo decirles es que nuestros astronautas han pasado por las mismas vicisitudes que si hubiesen atravesado el “paréntesis”. Lógicamente, yo sé lo que ha ocurrido, porque hemos grabado todo lo que los astronautas han dicho, y filmado cuanto han realizado.

»Y, del mismo modo que en la base del Asia central, aquí ha ocurrido algo espantoso… ¡Iluminen!

Se hizo la luz, pudiéndose ver entonces, con toda claridad, la enorme astronave. En seguida alguien lanzó un grito, señalando los cuatro cadáveres que había fuera del cosmonavío.

—Un momento, por favor… —rogó Karl por el micrófono—. Yo puedo explicar el origen de esa horrible desgracia. La mente humana no puede resistir la influencia del «paréntesis», que tiene la propiedad de aumentar patológicamente los poderes imaginativos

del espíritu humano.

»Así, nuestros astronautas han vivido convencidos de que viajaban por el espacio, de que llegaban a Marte, donde encontraron hombres-piedra, como luego verán en las películas que hemos tomado.

—¿No podría explicarnos eso? —inquirió la voz cálida del presidente.

—Con mucho gusto, señor. Lo que ha ocurrido es que cada uno de los astronautas puso sobre la mente de los demás la influencia de su imaginación. Empecemos por Edward Waldare. Si repasamos su biografía, veremos que su padre era escultor y que siempre vivió rodeado de estatuas. ¿Qué puede tener de raro que hiciese patente su mundo a los demás?

»Durante su falsa estancia en Marte, fue la mente de Edward la que impuso sus ideas a los otros. Y, horrorizado, uno de sus amigos disparó sobre él, matándole.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando se creían en Venus, las ideas combinadas de Jimmy Harson y Charles Morris entraron en juego.

—¿De qué modo?

—Jimmy había sido *jockey*. Ideó, por lo tanto, unas monturas humanas.

—¿Y Charles?

—Su familia pertenecía a la farándula. Había nacido en un circo, entre enanos y fieras. Combinando sus recuerdos, ideó los pequeños monstruos enanos con la trompa, acoplando sus procesos imaginativos a los de su camarada.

»Y eso costó la vida a los dos, ya que el piloto disparó sobre ellos, creyendo que estaban siendo devorados vivos por los venusianos.

—¿Y la muchacha?

—Su alucinación estaba íntimamente ligada a su deseo. Fue, de todos ellos, el proceso más sencillo de explicar. Creyó ver diamantes enormes, pero su «super-yo», cuando los tenía al alcance de la mano, le impuso el castigo imaginario que, al ser contemplado por Mac Lewen, hizo que disparara contra la doctora, quitándole la vida.

—¡Qué horror! ¿Y el piloto?

—Es el único que ha quedado vivo. Ahora cree estar regresando a la Tierra. Pero hubiese sido mucho mejor que muriese…

Dio una orden y se oyeron zumbidos extraños, que simulaban el aterrizaje. Luego se abrió el «sas» y Oscar salió, con los ojos desorbitados, corriendo alocadamente y sin cesar de gritar:

—¡Soy un asesino! ¡Soy un asesino!

Dos enfermeros consiguieron reducirle, llevándoselo fuera de la cápsula.

Karl suspiró.

—Esto nos ha demostrado que salir al espacio no puede reportarnos más que muerte… y locura.

Se volvió hacia el polaco.

—¿Qué ocurrió en el «Rostov», Wazdla? —inquirió.

Simonovich suspiró.

Luego dijo:

—Fue peor, Karl. Se comieron los unos a los otros…

Un silencio profundo se hizo entonces.

Tardaron mucho tiempo aquellos hombres en recobrar la serenidad; finalmente, Watson se acercó a los profesores, e inquirió con voz apenas audible:

—¿Qué podemos hacer, señores?

Fue Wazdla quien levantó primero la cabeza.

—Creo que deberíamos hacer un comunicado conjunto a la humanidad —repuso—. Yo traigo un texto que ustedes pueden modificar, si lo creen necesario.

Y tendió un sobre al secretario de Estado.

Epílogo

Días más tarde, hablando ante las pantallas de los televisores, tanto en Occidente como en Oriente, los locutores de todos los países, con una hermosa sonrisa en los labios, leían la siguiente comunicación:

—«Después de surcar audazmente los espacios exteriores, las astronaves soviética y americana se encontraron en Venus. Las comunicaciones que nos han llegado reflejan el espíritu de camaradería y de amistad que se estableció rápidamente entre los valientes astronautas.

»Unidas, las banderas de los Estados Unidos y de la URSS eran como el símbolo de una amistad que, desde ahora, se hará más intensa y sincera. Los hombres del espacio nos han enseñado el camino a seguir.

»Por desgracia, estamos desde hace dos semanas sin noticias de los astronautas. Interrogados separadamente, los profesores Freideberg y Simonovich han coincidido en manifestar que ciertas deficiencias en las turbinas de arranque, producidas por capas magnéticas espaciales, debieron impedir a los cosmonautas un regreso tan feliz como fue el encuentro que tuvieron en Venus.

»Pero su ejemplo quedará indeleblemente grabado en la Historia de las grandes conquistas de la Humanidad. Por el momento, y hasta que no se hayan perfeccionado ciertos mecanismos de las futuras astronaves, los viajes al sistema solar se han suspendido.

»Mas llegará un tiempo, amigos nuestros, en el que el hombre surcará los caminos del Cosmos, hasta las lejanas estrellas, llevando allí su civilización y su técnica. Serán momentos que nosotros, seguramente, no viviremos; pero nuestros hijos o los hijos de éstos se sentirán orgullosos del maravilloso bagaje que les habremos dejado.

»Saludemos ahora a los valientes cosmonautas soviéticos y estadounidenses. Quizá consigan establecerse en Venus. Y si tal cosa ocurre, nos esperan allí, o lo harán sus descendientes, recibiendo así el magnífico colofón que el hombre ha conseguido desde la lejana época de las cavernas…».

* * *

Karl encendió un cigarrillo.

Había apagado la televisión y se recostó indolentemente en su sillón.

«El futuro…».

«Hemos llegado al futuro —pensó—: al límite de lo posible. Y, por fortuna, nos hemos dado cuenta de ello, justamente a tiempo para no pagar por la verdad más que un precio reducido…».

Claro que once vidas humanas era un precio; es decir, diez, y un cerebro loco que reposaba en un frenocomio de Los Ángeles, sin esperanza de sanar.

¡Locura!

¿Cuál había sido la fuerza directiva de la Humanidad?

Sólo eso, locura, insensatez, ambición, violencia, odio, despecho, desconfianza…

Ahora, sabiéndose forzosamente encerrados en las dimensiones reducidas del planeta, el hombre se encaraba con un problema que debió satisfacerle desde siempre: el de su propia convivencia.

¿Por qué destrozarse en inútiles guerras cuando debía vivir, por la fuerza, en aquella casa redonda que se llamaba Tierra?

¿Le serviría de algo la lección que acababa de aprender?

Tanto los dirigentes rusos como los americanos sabían en aquellos momentos que la conquista del Cosmos era un mito, que no había posibilidad de salir al exterior y que, por lo tanto, todos los esfuerzos de los humanos debían dirigirse a convivir de la mejor manera posible sobre el Globo.

Karl sonrió.

También debe estar sonriendo Wazdla en estos momentos, pensó.

Y cerrando los ojos; revivió aquella escena, en Varsovia, hacía ya más de diez años…

* * *

Nevaba y hacía un frío intenso.

En la buhardilla donde habitaba Simonovich, Karl y él luchaban desesperadamente, con las manos extendidas hacia la estufa, por vencer aquella sensación de hielo que les calaba hasta los huesos.

—Es una locura —dijo el polaco.

—Es posible; todo es locura —replicó Karl—; pero ¿no merece la pena intentarlo?

—¡No nos harán caso!

—Ahora no. Pero luego será distinto. Yo iré publicando trabajos, cada vez más enrevesados y complejos. El que seamos, tú y yo, los dos físicos más preeminentes del mundo actual, nos dará crédito ante los ojos de los demás.

—¡Ojalá no te equivoques!

—Hay que intentarlo, Wazdla. La Humanidad está loca y sigue desangrándose constantemente. Sólo demostrando a los que dirigen a los hombres que el espacio está vedado para siempre, volverán los ojos hacia la Tierra y tendrán que pensar en tranquilizar al mundo.

»Piénsalo bien, amigo mío. Desde que se habla de conquistar otros planetas, las grandes potencias sólo piensan en trasladar sus países a otros mundos para desencadenar la guerra aquí. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Pues la única manera de evitarlo es hacerles creer que la puerta de salida, la escapatoria, está cerrada. ¿Dispuesto?

—Sí. ¿Pero cuánto tiempo tardaremos en conseguir nuestros propósitos?

—Eso es igual. Será largo y laborioso. Pero nos escucharán, amigo mío. Y habremos contribuido a la pacificación definitiva de este desdichado planeta.

—Esperaremos.

—Lo que sea. Quizá dentro de diez años…


FiN



LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

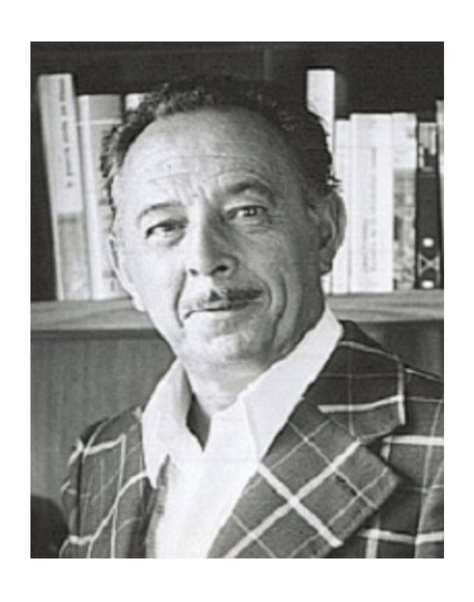
ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.